



**Así proclaman su fe  
curas, frailucos, beatos,  
carcundas y el Requeté.**



## FOLLETO Y HOJA

Se ha enviado ya á los suscriptores y corresponsales el folleto quinto de la segunda serie, titulado "La libertad de enseñanza", de D. Edmundo González-Blanco, y la Hojita Piadosa número 12, titulada "¿Por qué no he de ser monja?"

### Sobre las huelgas de Sabadell

Si el señor Canalejas tuviese tiempo y humor para estudiar los problemas nacionales, no en la plana de papel *brumorado* de los interesados informes de unos cuantos particulares, sino en el retrato de la realidad; si esto hiciere, quizás cambiaría un poco de criterio y un mucho de política, con ganancia para su partido, para la misma monarquía y desde luego para el porvenir de la patria. Pero resulta que los *políticos de Madrid* nada saben de la realidad de las cosas, fuera de los trampantojos oficinescos, y lo más que saben son los cuatro cuentos explicados por gentes maniáticas á veces, pérfidas casi siempre, y que siempre y sin casi toman el rábano por las hojas.

A través de éstas antiparras los *políticos* miran y juzgan la vida nacional disparatando como locos, creando sobre aquella España de papel oficinesco y oficioso una España Gacetil que resulta tan oportuna para el pueblo español como para las gentes de Bombay, salvo en lo que puede mediar de chanchullo en favor de los *cérigos* de las sacristías políticas.

De donde resulta que la legislación política va por un camino y por otro la vida nacional, en continuo rozamiento y de conflicto en conflicto.

Y resulta otra cosa: el *separatismo desde arriba*, quejándose hipócritamente del *separatismo de abajo*; porque con tal sistema, no son ya las provincias las que intentan separarse del centro, sino que es la *capital*, la cabeza, esa cabeza hecha una olla de grillos, la que se separa del cuerpo nacional; es eso que llaman *Estado*, el que se separa de la Patria; es esa que llaman política, la que se aísla de la realidad; es el *político* el que se separa del ciudadano, produciendo primeramente la separación de los espíritus, que ha de producir tarde ó temprano la separación de los cuerpos.

Estas y otras perogrulladas de la misma jaez, las oírán como música celestial los *grillos de la olla*, que no ven más que la olla y que dicen: «fuera de la olla, el caos». Pero la olla puede romperse, y al romperse, ¿qué será de los grillos?

Y la olla, créanlo ó no lo crean los políticos, está próxima á romperse; se está agrietando por momentos; su consistencia es cada vez menor, y es mayor y más impetuosa la piedra que viene sobre ella.

De la revolución hablo: de esa señora que parece dormir tranquila, y cuyo despertar es rápido como la centella, y cuyos efectos son veloces como los de la Furia.

Y esta revolución viene; se la ve venir, no en la forma en que la esperan los rabinos políticos, y no por el camino en cuyos bordes la acechan.

Diez años he estado alejado de las masas populares; y en estos diez años, el pueblo ha sufrido una evolución tremenda. El pueblo tiene por descontada la revolución. Sépanlo los políticos y dénse prisa á evitarla, si creen que les tiene cuenta; pero de la revolución podríamos decir lo que *La Epoca* dijo de Ferrer: «Ferrer hace tiempo que estaba ejecutado en la conciencia pública», es decir, en la conciencia de su público, del público de *La Epoca*, que dicta primero las sentencias y después busca los resultandos y considerandos que le sirvan de hoja de parra. En la conciencia del pueblo, se está ejecutando... eso que quiere ejecutar la revolución.

Hubo un momento en que el pueblo confió en Canalejas; á bandadas son los que pierden esta confianza y abandonan la causa canalejista al desprecio y al asco, para fallar en sus conciencias: «no hay más remedio».

¿Quién dice esto?

Los *cualesquiera*: esos cualesquiera que mientras no hacen actos de presencia y mientras no reclaman la personalidad, se llaman don Nadie; y que en llegando el momento fatal, se levantan, se agigantan, se hinchán y se elevan á las alturas, y valen tanto como el que más, y muchas veces resultan valer más que el que más, como don Nadie-Angiolillo valió más que el omnipotente Cánovas. Y después de realizado el fenómeno, se escriben en la Historia estas extrañas ecuaciones: Cánovas-Angiolillo.

¿Quiénes son los *cualesquiera*? Esos: los chiquillos y mujeres que hicieron la revolución de Julio de 1909; esos chiquillos que nada son ni nada valen, y cuyos nombres no figuran en Registros Civiles, ni de la Propiedad, ni de los Bancos, y que se pronuncian y escriben por primera vez al lado del consorte del crimen con quien los casa la Fatalidad.

Denuncio este hecho á quien tenga el deber de tomar nota y de prevenir los hechos. Los don-nadie sienten necesidad de ser alguien; y si en el orden político social carecen de toda personalidad, en ese otro campo donde se tallan por metros los individuos y por el dinamómetro la fuerza de los puños, allí esos nadies disputan el campeonato al político de más libras.

..

Sépanlo el Sr. Canalejas: esta pluma que jamás ha mentido y que jamás ha errado, fatalmente, en sus pronósticos, se lo notifica, no sé si á tiempo aún, ó ya fuera de tiempo. La revolución se viene.

El cómo, no lo sé. Con jefes ó sin jefes, con estos jefes ó con otros, ella viene, y viene arrolladora de jefes y devastadora de todo obstáculo.

Y viene, porque la hacen venir los políticos; los políticos canalejistas en primer término, y luego los otros y los otros y los otros. Quizás en primer término estén los jefes visibles y gerentes de los partidos revolucionarios; quizás sean ellos los que más hacen por traer la revolución con sus composturas y balanceos.

..

¡Si viese Canalejas los huelguistas de Sabadell! ¡Si supiera leer lo que sus almas escriben en sus pupilas! ¡Si supiera ver cómo estas pupilas y sus imágenes se posan fotografiadas en las pupilas de los no huelguistas de Sabadell y de otros sitios!... Esto es un reguero de pólvora. Es pólvora sorda y sin humo; pólvora que estalla en el seno de los corazones y que va reaccionando y cargando los cuerpos... Este incendio de los espíritus no se apaga á estacazos que lo irritan y provocan nuevas chispas que saltan á prender otros focos... Ni se apaga con el agua chirle de una democracia chirle.

A este pueblo ofrecióle Canalejas llevarle á la tierra de promisión... Y esta tierra prometida, la tierra canalejista, ha traído para este pueblo un cautiverio peor que el de antes. Se lo digo con pesar, pero sería peor no decirlo.

En pocos días he visto en Barcelona cosas estupendas. He visto la tumba de un hombre venerado como Cristo-moderno por una gran parte de la Humanidad, por muchos millones de almas, y he visto la tumba semejante á la de un perro... El Estado español se porta con él con más crueldad que Herodes y Pilatos con Cristo. Cristo, ejecutado como antimonárquico, como anticlerical y como sedicioso, tuvo el consuelo de ver su cadáver entregado á sus amigos: pudieron *envolverlo*, amortajarlo con lágrimas y enterrarlo en sepulcro de piedra y llenarlo de coronas y hacerlo resucitar... Todo esto se ha negado á Ferrer.

En el Congreso Librepensador, el Delegado de la autoridad parecía estar poseído de miedo de ser demasiado benigno. ¡Cuánto sobresalto! Los dedos se le hacían huéspedes. Explicaba yo las infamias que las autoridades cometieron con un ejecutado, llevando su inquina hasta el extremo de secuestrar el proceso para imposibilitar la reivindicación moral: el Delegado se agitaba convulso y conminaba al Presidente. ¡Pobre Delegado! ¿Sentiría tal vez amenazado el destino! Tal vez temiera que aquella noche su familia durmiese al sereno por causa de una cesantía *democrática*. Para calmarle aquella epilepsia de terror, hube de apresurarme á decirle: hablo de Servet... de Calvino, el herejote condenado á muerte por nuestras santas leyes: hablo... no de las autoridades de Barcelona, sino de las de Ginebra. Todos los Servet se le hacían Ferreres... Y yo me digo: ¿cuán terribles no serían las órdenes dadas al Delegado?

El día de la clausura del Congreso fué prohibida la procesión al santo sepulcro de Ferrer, pues, piadosamente pensando, los buenos cristianos hemos de pensar que la gracia inicial del bautismo le habrá merecido la gracia final. ¡Horrible ideal!

—Si ustedes quieren ir en procesión, con músicas, banderas, encapuchados y además enmascarados á visitar el sepulcro del criminal-legal ejecutado por las autoridades legítimas de Jerusalén... pueden ir. Nuestra nación ha revisado aquel proceso, y paga unos millones á los frailes que en nombre del Estado español cantan á cada hora canónica la inocencia del reo y el crimen del papa Caifás, del jesuita Anás, de los Defensores sociales rabiosos y del bragazas Pilatos, maldiciendo la memoria



del delator infame... Si quieren venerar sepulcros de ejecutados, vayan á Jerusalén; Comillas les pagará el viaje. O vayan á Roma á llevar las coronas á los sepulcros de aquellos otros patibularios llamados Pedro y Pablo. Vayan allí y ganarán las indulgencias «oficiales en España...»

¡Qué espectáculo!... Toda la carrera y toda la carretera del cementerio del Este estaban tomadas policíaca y militarmente. Supongo que sería para impedir á los jesuitas de la calle de Caspe que vinieran á echarnos bombas á los romeros. ¡Bendita sea la protección del gobierno y su previsión!

El otro día se prohibió hablar de las huelgas de Sabadell: á los huelguistas se les prohíbe la libertad de venir á Barcelona en la forma que les acomoda... Y me aseguran que se ha prohibido el reparto de socorros...

¡Lo inaudito! ¡Lo nunca visto! ¡Lo nunca soñado! ¿En qué país y en qué tiempo estamos?, preguntaréis. Sabedlo: en la tierra de San Cugat y en el primer año de Gracia Democrática.

Anoche estuve en la redacción de *El Progreso*. Morales entregaba á un obrero 17 pesetas para 34 cenas de otros tantos huelguistas de Sabadell refugiados en Barcelona. ¡Pobre pueblo productor español! Tú tienes que mantener tus soldados y las madres é hijos de tus soldados, y has de mantener además los soldados de tus enemigos! A tus hijos no puedes darles más de cincuenta céntimos por cena; en cambio, de tu bolsillo se regalan á un italiano un millón de renta por predicar la huelga de vientes, la huelga de la conciencia y la huelga de la virtud del trabajo. ¡Pobre pueblo! No te dejan dar pan á los huelguistas, pero te dejan llevar bombas de dinamita á los jesuitas para que te repartan su metralla en clase de indulgencias...

...  
¡Señor Canalejas!... ¡Señor Canalejas!... Si sus oídos pueden quitarse el algodón de la lisonja y oír alguna vez la verdad sincera, hágame el favor de oír esta mía: «Muchos de estos obreros catalanes se creen superiores en moral humana, en moral cívica y en moral patriótica al más eminente de los ministros y al más virtuoso de los soberanos.»

...  
¿Qué le parece esta frase, señor Canalejas?

Ahí está el *quid* que no penetran los grillos de la grillera de Madrid. Es una frasecilla con corteza de bombón... Más que la y verá cuántos gustos le saca...

¿Qué se va á hacer contra esa conciencia?

El P. Claret desafiaba en un sermón á los sabios, diciéndoles:—¡Hacedme una paja! Yo desafío á los políticos á que fusilen una idea y á que la pongan rejas para enjaularla...

¿Qué viene!...

¿Qué hacer para evitarlo?

Eso es incumbencia de la camarilla. Por mi parte, di la señal de alarma, y á mis soledades voy

de mis soledades vengo... pidiendo á Dios que á todos nos pille confesados.

S. PEY ORDEIX

Por estos pueblos de Cataluña, á 10 de Noviembre de 1910.

## A TONSURARSE

Estoy cansado ya de sufrimientos, de espigar en verano los rastrojos, de trenzar en invierno los manojos y recoger los míseros sarmientos; de las yuntas seguir los movimientos hollando á pie desnudo los abrojos, de tener por comida unos rebojos y sufrir el rigor de ásperos vientos. Si después de pasar este calvario, el infierno, por fin, se me asegura, decidido renuncio á ser agrario.

No puedo proseguir; la vida es dura, y á la celda me voy del Seminario: ¡seré un zoquete más que se hace cura!

UN ASPIRANTE Á OBISPO

## EL CURA

### Soliloquio de un muerto

Quando nací, él se empeñó en bautizarme, exponiéndome á morir de una pulmonía. Ya crecido, me confirmó con la «santa unción». Creyente, quise confiar mis sentimientos á Dios, pero él se interpuso obligándome á que lo hiciera á su gusto. Quise estudiar, y también se me impuso como maestro para enseñarme por fuerza lo que sólo convenía á sus intereses. Creí que mi alma era libre, pero él la hizo su esclava en el confesionario. Creí que al menos sería libre mi corazón para amar, pero él me obligó á desposarme con una mujer de mi misma religión. Creí que el matrimonio contraído ante el jefe del Registro civil fuese válido, y él me hizo celebrar el canónico; después, en el confesionario, trató de conquistar á mi esposa. Quise divorciarme por justísimas causas, pero, como yo no era príncipe ni millonario, me hizo desistir, sellando mi nudo hasta la muerte. Quise usar libremente de mis derechos naturales con mi mujer, pero no pude; él me prescribió un formulario. Tuve hijos de quienes quise hacer hombres libres, honestos, pero él los sustrajo á mis cuidados para moldearlos á su modo en el seminario y en la sacristía. Quise saber y elevarme, pero él me quitó la voluntad. Quise alimentarme, pero él me prescribió los alimentos y me obligó al ayuno. Quise entretenerme en intelectuales pensamientos en casa, ó salir fuera para distraerme, y él me lo privó llamándome á la misa y á la oración. Quise dormir, y él me aturdió con sus campanas. Aspiré á un cargo que se me debía por mérito propio, pero como no fui completamente ortodoxo, él me levantó tantas calumnias, que prefirieron á un ignorante apacaciarlos. Busqué la paz entre las paredes de mi habitación, y él, fuerte en la debilidad de mi mujer, se introdujo poco á poco, cumplió su intento y sembró la cizaña y la discordia en mi familia. Lo eché por la puerta, y volvió por la ventana; lo volví á arrojar por la ventana, y tornó á introducirse por el tejado.

Quise practicar la beneficencia, y él se interpuso, abrogándose el mérito y dispensándose los beneficios.

Me vi enfermo, ansioso de tranquilidad, de reposo y silencio, y su negra sombra se destacó junto á mi lecho, acrecentando mi temor y mi fatiga. Tuve necesidad de evitar emociones que pudieran causarme ó acelerarme la muerte, y él me turbó proponiéndome la confesión. Traté de oponerme; pero él, viéndome próximo á morir y con la voluntad aniquilada, atormentó mis últimos instantes con el recuerdo de mis pecados y con la amenaza del inminente infierno, y bajo esta horrible y miserable presión me arrebató el testamento á favor de la Iglesia. Después invadió mi habitación, asfixiándome con el humo del incienso y aturdiéndome con campanilleos redoblados, introduciéndome en la garganta, á la fuerza, una enorme píldora de harina que me hizo imposible la respiración. Lo creí entonces alejado para siempre, pero poco después reapareció á mi cabecera mastcando nasalmente algunos resposos en latín. Ya muerto, todavía levantóme la mortaja para ungirme y reungirme con su santo óleo á fin de que pareciera más fúnebre mi catafalco.

En vida expresé el deseo de que, si quiera después de muerto, no fuese molestado mi cuerpo, mas ni aun esta satisfacción me concedió. Vino con sus monaguillos, se apoderó de mi cadáver, lo roció con agua saturada de microbios que facilitaron la descomposición; lo hizo acompañar hasta la iglesia por una recua de desocupados; bailó alrededor haciendo muecas y mojigangas; y como mis deudos habían prometido pagarme, lo acompañó hasta el cementerio al frente de media docena de sus compinches, disfrazados todos con el mismo traje carnavalesco. También expresé el deseo de que mi cadáver no fuese dado como pasto á los gusanos, sino cremado en honor de la higiene pública, pero él se opuso en nombre de la religión.

Muerto y enterrado, creí que el dominio del cura hubiera terminado para siempre. No; él profanó también mi memoria, turbó también mi sueño de ultratumba, se pegó como un piojo á mi pobre hermana, pintó mis horribles tormentos en el purgatorio y recabó gran número de misas para que mi alma subiera al paraíso. Y mi viuda y mi hermana, como él no quería celebrar las misas sin dinero, redujeron al mínimo el presupuesto doméstico. Pero el cura, insaciable aún, no tuvo piedad de la desventura de los míos: el octavo día de mi entierro pidió y obtuvo más dinero para otras misas. A mis hijos, pobres huérfanos, les comenzó á faltar lo necesario para vivir, porque el cura, al trigésimo día de mi muerte, repitió á mi hermana que mi alma se debatía aún en las penas del purgatorio, y obtuvo más dinero para misas. Y en cada aniversario volverá á pedir más dinero á



mis deudos en pro de mi alma, que de nada necesita.

Resumiendo: nací y viví pobre de cuerpo y de espíritu, porque desde la cuna hasta la tumba fui esclavo del cura.

A. A. DONADELLA

No vayas á la Vitoria,  
no salga un fraile y te quite  
el dinero y la memoria.

## El más allá

A menudo se oye exclamar: ¿Qué será de nosotros en el otro mundo?

Otros preguntan: ¿Es que pasando de la vida á la muerte se encuentra *un más allá*?

Puede á la vez preguntarse: ¿Qué es la vida? Y contestar:

La vida es un estado molecular en que una disposición celular, obedeciendo á un impulso germinal, forma un cuerpo animado de movimientos debidos á una ley dinámica progresiva, atenuados ó suspendidos por accidentes fortuitos y naturales.

La muerte es la cesación del movimiento molecular y la transformación de las células en gases atómicos, los que de nuevo vienen á contribuir á la formación de cuerpos vitales.

La vida y la muerte son iguales ante la naturaleza, y gozan de perpetuidad. No habiendo tenido principio, no hay *ni más allá, ni más acá*. La naturaleza no tiene ayer, ni tendrá mañana.

Como la *nada* no existe, la naturaleza no tiene principio; y como nada se pierde en la naturaleza, no tendrá fin.

Su labor es evolutiva, pero no creadora. Transforma, cambia, etc., pero siempre con los mismos elementos, que son sus componentes.

Indagar si hay *un más allá* tiene el mismo alcance que indagar si hay *un más antes*.

Despreocúpese la mente del pensador de solucionar problemas *psíquicos*, ó cualquier otro de la misma índole; donde no existen factores tangibles, el resultado no tiene alcance útil. Al contrario, es estéril.

Los estudios é indagaciones nocivas, con frecuencia conducen la mente á una desviación del sentido real de las cosas, y la alejan de los estudios y cuestiones basados en demostraciones científicas que pueden proporcionar al individuo mayor satisfacción social y mayor bienestar personal.

MAX DURAND SAVOYAT,  
naturalista.

## Contra el Ejército

Los que desde el año 1834 acá vienen difamando, insultando, y llamando cobardes, asesinos y ladrones á los jefes y oficiales del Ejército español; quienes os fusilaron á centenares cuando caye-

ron prisioneros, la última vez en Abarzuza, poco antes de terminar la última guerra civil, acusándolos de incendiarios; los miserables que no les perdonan el que se hayan siempre interpuesto entre sus imbéciles, degradados é inmora-les pretendientes y el trono que ansiaban deshonorar, se deshacen hoy en adulaciones indignas hacia ellos, para ver si logran asociarlos á sus planes sanguinarios y antipatrióticos.

Que los clericales han sido siempre los enemigos declarados del Ejército, sabido de todos es; y si alguno lo hubiere dudado, los recientes sucesos de Portugal le habrán convencido. Desde iglesias y conventos se ha asesinado á los soldados de la república vecina.

De la manera de juzgarlo, no hay que hablar: siempre lo han injuriado y calumniado. Y no cuando los vencían en las guerras promovidas por ellos, si no en toda ocasión y con cualquier pretexto.

Léase el siguiente artículo publicado en *El Correo Catalán* á raíz de la semana trágica, y dígaseme qué fué más grande: si el cinismo y desvergüenza de los clericales, ó la calma, la mesura y la prudencia de los injuriados y calumniados, cuando no fueron á la redacción de ese papel indecente y echaron por el balcón á los miserables escritores:

### Una afirmación

Nosotros empezamos á extraer de los hechos, y decimos concretamente que la represión bajo la dirección del capitán general, y sujetándose fidelísimamente á las órdenes emanadas del ministerio, FUE DEPLORABLE, NULA Á RATOS, TARDIA SIEMPRE Y FACIL A LA INSUBORDINACIÓN, á no ser la disciplina del Ejército, serenidad de los jefes y oficiales y rasgos dignísimos de ambos. Eso durante más de cuarenta y ocho horas.

«Setecientos hombres» dijo el ministro tenía la autoridad militar para dominar el conflicto, y unos 2.000 eran en la realidad, como de público se sabe.

Y esas fuerzas, ¿cómo actuaron frente á unas turbas cobardes que HUIAN AL PRIMER DISPARO á pecho descubierto? ¿Cómo protegieron las casas religiosas?

Sabido es el desfile impasible de un piquete por el Colegio de Padres Escolapios, apenas comenzado el incendio, y su retirada á la vista de las turbas, que continuaron el incendio.

Mientras estaba ardiendo el convento de las Jerónimas y las turbas saqueaban y robaban á sus anchas, pasó por DOS VECES UN PIQUETE, y nada dijo ni hizo; si sólo apuntó, sin disparar la segunda vez. En los del jueves en adelante hubo todas las noches un piquete en la plaza del Padró, tocando al convento... y continuó el saqueo por la casa del capellán.

El Colegio de San José de Padres Salesianos dos veces lo libró el «paso casual» de unos números de la Guardia civil. A la tercera se saqueó é incendió sin represión alguna, así como el convento contiguo de Hijas de María Auxiliadora.

Desde que comparecieron los incen-

diarios ante las Adoratrices, hasta que llegó el socorro pedido por teléfono á la Capitanía general (y dijese si se concedió por el «temor personal» de unos vecinos influyentes y no por el convento) pasáronse dos horas, en las que comenzó á arder parte del convento.

Estaba incendiándose el convento de Montesión y asaltaban las turbas la casa del capellán, y había un piquete de Caballería en el próximo Pasaje de la Concepción. De él se destacó una pareja, que empezó á bajar por la Rambla de Cataluña, y PASABAN DE LARGO, al parecer, cuando los vecinos honrados gritaron incitándoles á cargar sobre los grupos. Retrocedió á los gritos la pareja y con sus compañeros cargaron, dispersaron á los revolucionarios y salvaron el convento.

En la iglesia de Santa Madrona, conventos de la calle Aldama, Escolapios, Asuncionistas, etc., etc., hubo saqueo continuo día y noche SIN QUE NADIE LES ESTORBARA.

En la barriada de Poblet, mientras unos grupos estaban serrando un poste telegráfico, pasó un piquete de caballería. Aplaudieron las mujeres y chiquillos, gritando ¡abajo la guerra! ¡viva el Ejército!, y pasaron los soldados sonriendo y saludando.

Del convento de Beatas Dominicas, sito en la calle de Roger de Flor, á dos pasos del cuartel de Carabineros, del cuartelillo de Policía (Paseo de San Juan) y del de la Guardia civil (Consejo de Ciento), á pesar de HABER TRANSCURRIDO DOS DIAS PIDIENDO AUXILIO por estar públicamente amenazadas, NADIE ACUDIO A SOCORRERLAS Y FUE INCENDIADO CINCO VECES sucesivas, saqueado ignominiosamente y paseado el cadáver de una monja desenterrada. Estas escenas continuaron HASTA EL VIERNES 30 POR LA MAÑANA, en que la Guardia civil dió una batida y disparó contra los grupos, causándoles muertos y heridos.

La iglesia parroquial de San Pedro se salvó del primer intento de incendio á las seis de la tarde del día 27 por los disparos al aire de unos pocos soldados. A las nueve de la noche volvían los incendiarios y lograron su sacrilego intento, con los consiguientes saqueos y robos. En el edificio de EN FRENTE, Sucursal de la Caja de Ahorros, HABIA FUERZA PUBLICA.

Al asaltar las turbas la iglesia parroquial de San Andrés de Palomar y la Casa Rectoral, antes de pegarlas fuego, estuvieron TODA UNA NOCHE ENTERA desde la seis de la tarde forcejeando un armario y dando vueltas por la barriada buscando herramientas en las cerrajerías, sin que nadie les estorbara en lo más mínimo.

En el Colegio de Hermanos Maristas (San Andrés) se RESISTIERON CUATRO DIAS sin que en NOVENTA Y SEIS HORAS SE LES SOCORRIERA. Así en Jesús-María, que fué incendiado el viernes y saqueado el sábado por la tarde con carros y todo, después de haberse pedido fuerza á la Capitanía general y haberse prometido á las doce del medio día QUE IRIAN.

En la propia barriada de San Andrés el 30 de Julio por la noche y al incendiar las turbas el Colegio de PP. de la Sagrada Familia, varios vecinos pidieron auxilio á un general de ejército que estaba al frente de fuerzas, y contesta-



ba:—¿Por qué no van ustedes á apagarlo? Si los vecinos lo han permitido, ¿qué he de hacer yo? ¿Lo ha incendiado el pueblo? Pues que lo apague el pueblo. ¿Qué ORDENES eran las que tendrían, cuando al verse tan incesantemente apremiado mandó llamar á los bomberos, retiróse del incendio al llegar éstos, volvieron los incendiarios y amenazaron de muerte á los bomberos, que tuvieron que retirarse por estar abandonados y continuó el incendio?

Mientras se saqueaba y ardía el Monasterio de Valldoncella en la mañana del miércoles 29 pasó dos veces por la calle del Poniente un retén de tropa, y nada evitó.

En fin, lectores, sería interminable, porque en todos los conventos é iglesias incendiados pasó aproximadamente lo mismo DURANTE TRES DIAS CON MUCHA GENERALIDAD Y EN LOS RESTANTES DE LA SEMANA TRAGICA CON ALGUNAS EXCEPCIONES.

Y los miserables que ayer hablaron así, después de haber permanecido agazapados en sus madrigueras sin salir á defender los conventos incendiados, son los mismos que hoy llaman al Ejército á pretexto de defender la religión, y escriben folletos adulándole y halagándole.

Es su táctica en todo. Halagan á la mujer para saquearla, al niño para profanarlo, al pueblo para envilecerlo y al Ejército para destruirlo.

Pero el odio que hacia el último sienten los ciegos hasta el extremo de escribir artículos como el anterior, que destruyen en un día el efecto de sus adulaciones de un año.

Los malvados son torpes.

Anda que te den un tiro;  
no vuelvo á pisar tu iglesia  
y ni á la cara te miro.

## A MI CONFESOR

Empiezo á estudiar cristianamente la peregrinación de los judíos á través del desierto. ¡Cuarenta años de peregrinación! Antes de entrar en el tema con franqueza (virtud cristiana), expondré uno de los muchos razonamientos que como consecuencia fatal se desprende de la lectura y estudio de los asombrosos trances porque pasó el pueblo hebreo.

Se concibe á un pueblo que está diariamente viendo á su Dios, que recibe á todo pasto codornices y maná, que ve los asombrosos milagros hechos por él castigando con tantas plagas á Faraón y á su pueblo, y que, como remate, le ofrece el espectáculo de ahogar á toda una nación para consolidar su poderío ante el pueblo hebreo; que le sirve de sombrilla durante el día y de farol durante la noche; que le da todas las satisfacciones con el fin de que se convenza que Jehová, como Dios, es más poderoso que los dioses de las demás naciones (lo que prueba que según la trinidad cristiana los dioses de los egipcios y de los paganos no eran mentira, y que lo único que había entre esos dioses era el afán de la preponde-

rancia), y que discute con el pueblo ¿se concibe, repito, que éste estuviera siempre dudando de él?

Los hechos casi casi dejan suponer que todos estos asombrosos milagros existieron solamente de palabra; y que, como los hebreos gritaban y protestaban, Moisés aprovechaba cualquiera victoria ó cualquiera casualidad beneficiosa para decirles que eran dones especiales de Dios; pero como muchas veces las promesas no eran suficientes, cansados de dejarse esquilmar, protestaban declarando á gritos que estaban cansados de cuentos y promesas.

Los pobres hebreos se encontraban más ó menos en las condiciones de nosotros hoy día; nos prometen la mar de cosas después de muertos, mientras aquí en vida nos hacen pagar desde el bautismo hasta el de profundis, y nos regalan con legiones de monjas y frailes que, expulsados de otros países, se vienen al nuestro, prometiéndonos que por cada vara de tierra que les demos aquí, nos darán una legua en las posesiones de Jehová. Y si gritamos, si protestamos, nos hablan de los milagros asombrosos que hizo Jehová cuando era uno, y que hicieron el padre, Jesús y el espíritu, más tarde, cuando fueron tres. Milagros que hoy no se repiten, pero que nos prometen que volverán á realizarse. Y nos pasa lo que al pueblo hebreo: protestamos; pero después, niños grandes, nos callamos cuando nos presentan una virgen cualquiera, y aunque sea á Juan con su león, á Roque con su perro y á Labre con sus parásitos.

FCO. GICCA

## CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

185 grabados.—Precio: 1 peseta.

Para que los lectores de EL MOTIN puedan formarse idea del contenido de esta obra célebre, copio á continuación el artículo titulado

## LAS RELIQUIAS

El culto de las reliquias, que se relaciona íntimamente al de los santos, es una de las reminiscencias del fetichismo primitivo, desarrollado y favorecido éste por la casta sacerdotal, arrastrada hacia ese camino de retroceso por los provechosos que sacaba. La historia de la Edad Media ofrece mil ejemplos de riñas entre conventos é iglesias disputándose la posesión de una reliquia productiva. Un sentimiento extraño á las necesidades del culto y aun á la religión, ha dado á esas prácticas supersticiosas desarrollo inaudito. Conocida es la frase del abate Marolles, al besar en la catedral de Amiens la cabeza de San Juan Bautista: «¡Dios sea loado; ésta es la quincuagésima ó sexuagésima que he besado en mi vida!»

M. Ludovic Lalanne ha publicado un catálogo de las reliquias esparcidas por el mundo católico, que demuestra á qué

grado de aberración se ha llegado (1). Resulta que con el conjunto de sus reliquias se les pueden hacer: á San Andrés, 5 cuerpos, 6 cabezas, y 17 brazos, piernas y manos; á Santa Ana, 2 cuerpos, 8 cabezas y 6 brazos; á San Antonio, 4 cuerpos y 1 cabeza; á Santa Bárbara, 3 cuerpos y 2 cabezas; á San Basilio, 4 cuerpos y 5 cabezas; á San Blas, 1 cuerpo y 5 cabezas; á San Clemente, 3 cuerpos y 5 cabezas; á San Eloy, 2 cuerpos y 3 cabezas; á San Esteban, 4 cuerpos y 8 cabezas; á San Jorge, 30 cuerpos; á Santa Elena, 4 cuerpos y 5 cabezas; á San Hilario, 8 cuerpos; á San Juan Bautista, 10 cabezas; á Santa Juliana, 20 cuerpos y 26 cabezas; á San Lígero, 5 cuerpos, 10 cabezas y 12 manos; á San Pancracio, 30 cuerpos; á San Lucas, 8 cuerpos y 9 cabezas; á San Felipe, 3 cuerpos, 18 cabezas y 12 brazos; á San Sebastián, 4 cuerpos, 5 cabezas y 13 brazos, etc.

Por inverosímil que á primera vista parezca esa enumeración, está muy lejos de ser desmentida por los inventarios de algunas iglesias.

El abate Deregnaucourt, en su historia del Clero de la diócesis de Arras, afirma que la abadía de Flines poseía en sus relicarios: un trozo de la verdadera Cruz, cabellos de la M. S. Virgen, pedazos notables del Santo Sudario, pedazos del vestido de N. S. J. C., de la santa Esponja, de la santa Lanza, una espina de la santa Corona, una gota de la preciosa Sangre, una ánfora de la Magdalena, una parte del cráneo de San Clemente, una costilla de San Nicolás y un dedo de San Huberto (I, 161).

En Aire, una iglesia exhibía, además de las osamentas de gran número de santos y santas, de los doce apóstoles, de los diez mil mártires y de los santos Inocentes, tres trozos de la verdadera Cruz, una espina de la Corona, una gota de Sangre del Milagro, un diente de Santa Austreberta, otro de San Pedro, un brazo de San Adrián, una pierna de San Víctor y el cráneo de San Juan Bautista.

La colección de la capilla del Mercado, en Saint-Omer, más sorprendente aún, contenía, según un inventario antiguo publicado por M. Vallet de Mirille (2):

Un trozo de la verdadera Cruz y de la Lanza; dos pedazos de maná que cayó del cielo (*de maná que de celo p'ruit*); un fragmento del sepulcro de Jesucristo y del vestido de Santa Margarita; un pedazo de la piedra en la que Dios escribió con su dedo (*digito suo*) la ley de Moisés; un pedazo de piedra sobre la que Jacob pasó la mar; una gota del sudor de Jesucristo (*sudario domini*); un trozo de la vara de Aaron y del altar sobre el que cantó San Pedro; cabellos de la Santa Virgen (*de capillis beate Mariæ*); un pedazo del vestido de la Santa Virgen; un fragmento de la flor que la Santa Virgen presentó á su hijo (*de flore quem beato virgo tenuit ante filium*); un trozo de la ventana por la que entró el ángel Gabriel para anunciar á la Virgen (*de fenestra per quam Gabrielus angelus intra vit salutans beatam Virginem Mariam*).

Más milagrosa aún era la reliquia de

(1) *Curiosités des traditions.*

(2) *Catalogue des archives de Notre Dame*, por Vallet de Mirille. (Mém. de la Soc. des antiq. de la Morinie. T. VI, pág. XL.)



un monasterio de Jerusalem, que contenía un dedo del Espíritu Santo (1).

Por estos ejemplos pueden juzgarse la prodigiosa cantidad de reliquias, de autenticidad por lo menos sospechosa, ofrecida á la pública credulidad.

Casi todos los personajes del Olimpo católico han sido puestos á contribución para formar tan basto contingente. Las reliquias tenidas por más preciosas, son, como es natural, las concernientes á la persona de Jesucristo; son éstas tan numerosas como variadas. Su tónica se encuentra á la vez en Moscou, en Treves, en Argenteuil y en Roma, en las iglesias de San Juan de Letrán y de Santa Martinella. Sus lágrimas, su sangre, su sudor, su ombligo y hasta su prepucio (2), han dado abundante cosecha; la santa Lanza se halla en Nuremberg, en la abadía de Montdieu, en la de Tenaille, en Santonge, en la Selve, en la Santa Capilla de París, en Moscou, y en otras partes; los clavos de la cruz se han multiplicado de suerte, que Dulaure los hacía ascender á cuarenta, y Collin de Plancy á más de doscientos; lo mismo pasa con la corona de espinas, la esponja y demás accesorios de la crucifixión; cuanto á la madera de la cruz, hallada milagrosamente, se ha multiplicado en tantos pedazos, que Calvino decía que, reuniéndolos se podría hacer el cargamento de un navío. En 1489 decidió la facultad de Teología de París, que á la cruz de Jesucristo se le debía la misma clase de adoración que á Jesucristo mismo, es decir, el culto de latria (3).

Presenta el culto de la cruz tan acentuado carácter fetichista, que en Roma, el crucifijo en bronce de la iglesia de San José tiene la boca y la barba gastada por los besos de los fieles, lo mismo que la estatua de la Virgen en San Agustín, el pie de San Pedro, en bronce, en San Pedro, y el pie de Cristo en la iglesia Quo vadis Domine.

El culto de las reliquias, después de haber sido de cierta utilidad en su origen contribuyendo á atemperar y encauzar las innumerables y groseras supersticiones de la Edad Media, se ha desviado poco á poco de su primitivo objeto para convertirse en un manantial de explotación monástica. La Reforma descargó el primer hachazo en el bosque de esas supersticiones; la Revolución continuó aquella obra depurativa con medidas que un escritor cristiano aprecia en estos términos: «Ninguna cosa puede vivir sin las condiciones de su existencia, y es amarga ironía acusar al viento por echar á tierra el árbol mutilado que no tenía ya raíces ni follaje... Tengamos en cuenta que cuando la Asamblea Constituyente dió su célebre decreto el 13 de Febrero de 1790, que destruíra de alto á bajo el edificio monástico, no hacía más que proclamar una ruina, ya realizada, y promulgar un decreto de la Providencia» (4).

(1) Draper. *Les conflits de la science y de la religion*, pág. 195.

(2) Una iglesia de Chalons posee el ombligo de J. C. Su prepucio se encuentra en siete iglesias á la vez: en Colombe (Eure-et-Loir), en Puy-en-Velay, en Poitiers, en Metz, en Roma, en Amberes y en Holdezhheim, Sajonia.

(3) Dupin. *Hist. des controverses*, ch. VIII.

(4) P. Lorain. *Hist. de la abbaye de Cluni*, página 265.

## Un alcalde digno

Diego Díaz, carpintero en Ayamonte, tiene el taller frente á su casa, y al ir un día á él, pasaba una procesión de gentes que no tarbajan.

Apretó el paso para atravesar la calle, y como no se descubriera, se le arrancó el *parrodago*, ladrándole y gruñéndole desaforadamente, mientras él ganaba el dintel de la iglesia donde rinde culto el *Trabajo*, el único Dios del hombre digno de llamarse tal.

El curaza, en jarras como una verdulera, lo desafió á que saliese y repitiera la suerte; el obrero le contestó que la calle era de todos, y, furioso el *negro*, mandó á gritos prenderlo bajo su responsabilidad.

Y ya iban los agentes á obedecerle, cuando el alcalde, hombre serio y cumplidor de sus deberes, lo impidió.

Un alcalde como ese en cada pueblo, y el problema clerical quedaba resuelto en gran parte; pues lo que hace más procaces y desvergonzados á los señores con faldas, es la poca energía de las autoridades para oponerse á sus desafueros.

Si se hubiesen adoptado los bozales que yo propuse hace años para librar á las personas de los mordiscos de los *parrodagos* rabiosos, no habría tenido el alcalde de Ayamonte que discutir con el de autos. Con decir: «¡póngasele el bozal!», negocio concluido.

Que siempre es molesto para una autoridad el verse obligada á llamar al orden á un señor trasquilado por el vértice.

¿A mí te quies compará?

Yo soy toa una persona,  
y tú eres un capeyán.

## Las curaciones en Lourdes

La prensa ultramontana ha publicado estos días la relación de algunas curaciones milagrosas, merced á la intercesión de la Virgen de Lourdes, que, como saben nuestros lectores, en eso de curarlo todo deja en mantillas á los confectionadores de los más celeberrimos específicos.

La lectura de los aludidos casos *patológico-religiosos*, nos sugirió la idea de dar á conocer á los lectores de EL MOTÍN otro de aquéllos que tuvo mundial resonancia y del cual dió extensa cuenta *El Imparcial* en su número del 14 de Agosto de 1895, en el artículo que á continuación copiamos.

Creemos que no es necesario estar tocados de incredulidad, para dar por seguro que las milagrosas curaciones á que nos referimos al principio y de las que tanto partido han tratado de sacar los periódicos católicos, tienen el mismo fundamento de verdad que la regis-

trada en la siguiente correspondencia que no dudamos interesará en grado máximo á nuestros lectores:

### "Un maestro de hacer comedias"

Para que yo venga á escamotear una columna aquí, donde el espacio falta para asuntos de la mayor importancia, es menester que mi narración sea de interés y no admita espera. Con efecto: es una actualidad que durará el tiempo que empleen en imprimir estas líneas. Cuando ustedes las lean, ya el sujeto de la novela, porqué es una novela, habrá dejado de ser un hombre; convertido en un guarismo irá camino de cualquier penitenciaría central, de donde raramente se regresa.

Pedro Delanoy puede decir que ha «llegado sobrado tarde á un mundo demasiado viejo». Un siglo antes, sus talentos hubiesen hallado medio más apropiado para su desarrollo y aplicación. En esta agonía de siglo tenía forzosamente que parar en el banco de la Cour d'Assises, después de haber burlado lo único que hay digno de respeto en el mundo: la religión y la ciencia.

De 1877 á 1881, Delanoy había sido topiquero en varios hospitales y acaso en sus largas noche de vela, en el silencio de las apacibles salas, concibiera que el colmo de la dicha es obtener á perpetuidad uno de aquellos lechos sin estar enfermo. Y poniendo á contribución las observaciones hechas en su carrera de asistente del dolor, resolvió fingir un mal cuyo tratamiento no produjera grandes molestias. Delanoy escogió la ataxia locomotriz. De la noche á la mañana comenzó á sentir como si pisara siempre alfombras; y á veces parecía que una fuerza le empujaba tiñubando al andar. Los internos le aconsejaron que fuese á la Salpêtrière. Después de observarle detenidamente, andando, quieto, tendido y levantado; después de un minucioso interrogatorio, y tras un momento de éxtasis reflexivo, la reposada voz del infalible Charcot, diagnosticó una ataxia locomotriz incipiente, que traía aparejado el tratamiento eléctrico y el ioduro potásico al interior.

El ioduro es medicina que se puede prescribir á cierra ojos á las tres cuartas partes de la humanidad. ¿Verdad Tolosa? Y á Delanoy no le supo del todo mal. Las sacudidas eléctricas eran menos agradables; pero lo que se le hizo inaguantable al cabo de pocos meses fué el contacto con los histéricos y dementes alojados en el inmenso hospicio. Resuelto á tomar el aire libremente, la medicación de Charcot comenzó á producir efecto, y reconocida su mejoría, diéronle el alta.

Pero en 1884 sintió una recaída, yendo á parar á manos de otra eminencia, el Dr. Gallard, que le acogió en su sala del Hotel Dieu. La ataxia se hacía rebelde. Cansado Gallard, se lo manda al Dr. Rigal, en el Hospital Neker. Rigal es amigo de los medios violentos, y al ver el desmadejamiento de Delanoy, por primera providencia le recetó seis cauterios á ambos lados de la columna vertebral. Delanoy los aguantó con un estoicismo sobrehumano; pero cuando se fué aproximando el plazo de la segunda tanda de cauterización, lió una mañana el petate y desapareció.



La ciencia como el amor, tiene sus secretos y sus misterios. Delanoy no lo ignoraba, y á fuerza de paciencia dió con otro doctor llamado Ball que cura (?) la ataxia con pociones de belladona é inyecciones calmantes de morfina. ¡La morfina! Delanoy no sólo iba á tener una cocina de que comer y un lecho donde le reposar, sino además los inapreciables ensueños del seductor veneno. Naturalmente Delanoy se pasó viviendo un año en el hospital del Dr. Ball. Al cabo de este tiempo, pasó el enfermo á otro compañero, el Dr. Empis; de Empis fué á parar á manos del profesor Lacoulbère, que empleó en Delanoy la antipirina; luego entró en el Hospital Laennec; aquí diagnosticaron el padecimiento como *tabes atáxica*; después pasó al hospital Beaujón, donde le descubrieron una *tabes dorsalis*. En Julio del 88, vuelve á la Charité. El profesor Ferreol, en vista de los progresos de la enfermedad, dispone á mediados de Octubre que Delanoy vaya como incurable al hospital de Bicetre. Pero Delanoy no quería ser hospiciario, y en uso de su derecho rechaza el ofrecimiento, logrando entrar de nuevo en el hotel Dieu, pasando de uno en otro por los doctores Bucquoy, Durand-Yardel y el profesor See.

La nombradía de las eminencias médicas citadas, tal vez produzca dudas en la gente del oficio que me lea. Lo expuesto y lo que sigue, son hechos comprobados en el proceso instruido contra Delanoy, instrucción que ha durado cerca de un año. Por tanto no hay escape.

Volvamos con Delanoy. En vista de la ineficacia de los tratamientos seguidos hasta entonces y como recurso supremo, de la Charité lo envían al hospital Cahin, donde á la sazón estaba may de moda el procedimiento de la *pendaison*, semejante al que se emplea para embarcar reses vacunas. Á una especie de collar donde se sujeta la cabeza del paciente, va unida una cuerda que pasa por una polea fija en el techo. Tirando de la cuerda, el enfermo queda suspendido unos cuantos centímetros por espacio de tiempo variable, el necesario para producir determinada acción en la médula espinal. Cincuenta y dos veces en el transcurso de dos meses, hizo el Dr. Dujardin-Beaumez que lo colgaran. El ejercicio terapéutico acabó por ser para Delanoy un verdadero tormento, y apesar de su bien probada paciencia, al cabo y al fin tuvo que abandonar el hospital. Su robusta constitución había triunfado de los potingues, jeringazos, cauterios y suspensiones aplicadas en los siete años de existencia pasados en los hospitales; pero sus sueños de placentera vida habíanse disipado al contacto de tan bruscos procedimientos.

Los desengaños por las rivalidades de la vida suelen tornar los ojos al amparo que la religión ofrece con su inextinguible caudal de consuelos y esperanzas. A ella acudió Delanoy, abjurando de la ciencia. Para mejor vengarse de ésta podía emplear los numerosos certificados que le extendieron de su existencia hospitalaria. Provisto de ellos, el 19 de Agosto de 1889—cito la fecha por si algún español la recuerda,—á las nueve de la mañana, llegaba Delanoy á Lourdes, formando parte de un convoy de peregrinos. Uno de los

piadosos viajeros dábale el brazo, ayudándose con un bastón en la otra mano para arrastrar las miserables piernas flexibles como juncos, pesadas como plomo. En su arrastre Delanoy no oía más que palabras de compasión de cuantas personas le veían. Así llegó á la gruta. Después de besar la tierra, quedóse en éxtasis frente al altar, mientras los demás peregrinos clamaban con el acento de la verdadera fe implorando el favor de la milagrosa imagen. Delanoy no era de los que gemían con menos fervor. «¡Nuestra Señora de Lourdes, curadme si lo juzgáis necesario para ejemplo de los incrédulos!» Y pegando la frente al suelo permaneció largo tiempo en aquella posición. De repente dijo á los padres de la gruta: «Experimento la sensación extraordinaria de una fuerza interior que me impulsa á incorporarme, á andar y á soltar el bastón.» Delanoy se puso de pie. «Tenga usted el bastón», añadió entregándoselo á otro peregrino. «¡Que va á caerse, que va á caerse!», exclamaron varias voces. Pero Delanoy siguió andando con la mayor naturalidad, «sintiendo una agradabilísima impresión».

Los peregrinos siguiéronle entonces entonando un *Hosanna*, y llegando á la basílica, permaneció arrodillado más de un cuarto de hora declamando una acción de gracias. Los sacerdotes acuden; la nueva del milagro cunde y dos días después Delanoy comparece ante Mr. Berchialla, arzobispo de Cagliari, primado de Cerdeña; el obispo de Hebron, varios médicos y el Dr. Saint-Maclo, encargado de estudiar las curas de Lourdes. Después de un interrogatorio detenido, se cotejan los numerosos certificados de las eminencias médicas de París, y por último, se examina si todos los síntomas de la ataxia han desaparecido. Con los ojos vendados, Delanoy andaba sin dificultad, y en un pie se mantenía como una grulla. De dolor no había trazas; y los reflejos tendinosos rotulianos, se manifestaban en estado normal. Delanoy «se expresaba además en el tono sencillo y natural propio del narrador verídico.» Todo esto y algo más refieren citando el caso *Los Anales de Notre Dame de Lourdes*, que obran en la causa, y que yo no quiero extractar más, por respeto á ciertas consideraciones. De otra parte, Zola se ocupa del hecho en su novela *Lourdes*.

Para abreviar el relato. Delanoy regresa á París y se presenta al capellán de la Charité, el canónigo Mr. Petit, quien aprovecha con cierto gozo la ocasión de darle un alfilerazo á los médicos telegrafando á los padres de la Gruta:

«Facultativos quedádoles bocas abiertas examén Delanoy. Le he visto cuatro veces esta semana. Anda más que un cartero.»

Entre tanto, la noticia del milagro se propaga, y el nombre de Delanoy es conocido, no sólo en Europa, sino en América, hasta en Asia. De todas partes le afluyen regalos, con la súplica de que impetre de la Virgen de Lourdes la curación de éste ó aquel enfermo. Por último, los Padres de la Gruta le confían la guarda de un chalet donde se alojan numerosos peregrinos. Durante un año, Delanoy manifestóse satisfechísimo de su estado; pero en la noche del 5 de Agosto de 1891, tentado por el

demonio, robó cuanto dinero pudo del tesoro de la Virgen, y al despertar los confiados Padres de la Gruta, se hallaron con el milagro de la desaparición de Delanoy, que vino á esconderse á París. Trabajó inútil, pues los Padres por prudencia comprensible, no revelaron á la justicia lo ocurrido. Pero el cielo encargóse de vengarlos.

Después de gastar el producto del robo, Delanoy vuelve á las andadas, dándose las entonces como atacado del delirio de persecuciones, y como tal monomaniaco fué aceptado en el Asilo de Santa Ana. Allí permaneció medio año y después de disfrutar de mes y medio de vacaciones, se dirigió al hospital Broussais, de donde le condujeron nuevamente á Santa Ana, pero como *alcohólico*. El médico del asilo lo clasificó como aquejado de *debilidad mental*, y allí permaneció hasta el 24 de Diciembre del 93, en que para celebrar sin duda la Pascua, le sustrajo 1.800 francos al farmacéutico del asilo; el cual, menos reservado que los Padres de Lourdes, dió parte á la policía. Tras numerosas pesquisas, Delanoy fué detenido por Mr. Goron el 1.º de Mayo de 1894. Desde el momento de su captura el taimado topiquero no ha cesado de representar la comedia de atáxico y loco; pero los médicos forenses, después de un año de examen, están acordes en afirmar que Pedro Delanoy, no es más que un consumado actor, maestro de hacer comedias patológicas.

¿Quién es? ¿De dónde ha salido? La policía y la justicia no han podido establecer ni su origen ni su filiación. Delanoy irá á aumentar el número de esas X extravagantes ó siniestras que á menudo aparecen en la valla del Palacio de Justicia, que el verdugo elimina como los Campi y Prado, ó que el presidio se traga al propio tiempo que el misterioso secreto de su pasado.

L. ARZUBIALDE

Chiquiya, si yo me muero,  
er sementerio sivil  
ha de ser mi paraero.

## Por huir de la quema

Para que al Santo Tribunal no le faltasen hombres que quemar, he aquí el edicto que lanzó el inquisidor Manrique, imponiendo á los católicos españoles el deber de delatar estas majaderías:

I. Si saben ó han oído decir que alguno haya dicho, defendido ó creído que la secta de Lutero y sus secuaces es buena, ó que haya creído y aprobado algunas proposiciones suyas condenadas; á saber:

II. Que no es necesario confesar pecados al sacerdote, pues basta hacerlo ante Dios.

III. Que ni el Papa ni los sacerdotes tienen poder para absolver de los pecados.

IV. Que en la hostia consagrada no está el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

V. Que no se debe rezar á los santos, ni haber imágenes en las iglesias.



VI. Que no hay purgatorio ni necesidad de orar por los difuntos.

VII. Que la fe con el bautismo basta para salvarse, sin que sean necesarias las obras.

VIII. Que cualquiera, aunque no sea sacerdote, puede oír en confesión, y darle la comunión á dos especies de pan y vino.

IX. Que el Papa no tiene potestad de conceder indulgencias y perdones.

X. Que los clérigos, los frailes y las monjas pueden casarse.

XI. Que no debe haber frailes, monjas ni monasterios.

XII. Que Dios no instituyó las órdenes seglares religiosas.

XIII. Que el estado del matrimonio es mejor y más perfecto que el de los clérigos y frailes célibes.

XIV. Que no debe haber más fiestas que el domingo.

XV. Que no es pecado comer carne en viernes de Cuaresma y otros días de abstinencia."

Y, claro es: como los españoles sabían que, de callar alguna cosa de éstas, no sólo se condenarían por toda la eternidad, sino que se exponían á que los quemasen vivos en la tierra, todo buen católico se apresuraba á irle con el cuento á la Inquisición.

Esto explica por qué á lo mejor se dan casos de delación en España, delación que en ningún caso debe confundirse con la denuncia.

El recuerdo de cuando quemaban por callarse, persiste aún en algunos cerebros.

~~~~~  
Cuando por la caye vas,  
la gente te yama fraile,  
que es más peor que charrán.  
~~~~~

## CAMPAÑA...

### Averías oratorias

Cuentan de los apóstoles que andaban por el mundo sin bolsa y sin alforjas, ó sease sin maleta, y á fe de Dios, que si esta campaña no es á la apostólica, no lo fué la de San Pedro.

—¿Vamos á Mataró, querido Mayol?  
—¿Vamos á Olesa de Montserrat? ¿Qué día vamos á Villafranca?...

—¿Y el equipaje?

—¿Para qué?

Y con el equipaje del caracol vamos danzando por estos pueblos cogiendo todas las pulgas de los coches de tercera, que este año deben haber sido abundantes (las pulgas y los coches).

—Amigo mío—suelo decirle:—bueno es viajar á la apostólica; pero los apóstoles, si no he leído mal sus historias, no iban solos, sino que se acompañaban de aquellas guapas hembras entre las cuales descollaban la bella Magdalena y la mujer del Putifar de Herodes...

—Amiguito... Aquellos tiempos eran otros, aquellos apóstoles eran judíos y

aquellas hembras eran otras hembras. Esto faltaría para que el obispo y los jesuitas alborotasen el cotarro de sus gallinas gritando:

—No hay hereje sin mujer... Hay que comprimirse, querido cronista, y hay que dar buen ejemplo, no por respeto á esos canallicas, sino por los nuestros. Cuando me case...

—¡Psch!

Voy á contar ahora los incidentes chuscos de un orador de la legua, que, como los cómicos de igual categoría, está expuesto á todas las veleidades del cielo y de la tierra.

Mi principal abusa de los públicos. Eso de tenerlos encajonados una hora, hora y media ó dos horas hablándoles de quisicosas harto nuevas para ellos, es abuso imperdonable. Pero estos públicos parecen de barro; inmóviles como estatuas y callados como muertos.

Y al concluir, en vez de darle una patada y de echar á correr diciendo: *una y no más*, salen con la contraria... *Otra... ¿cuándo dará otra?...*

¡Gentes admirables! Yo os adoro. Merecáis matrícula de honor en las Universidades, para ocupar el sitio de nuestros holgazanillos estudiantes.

Este trabajo oratorio debe ser pesadillo.

En la conferencia de la *Fraternidad* de San Gervasio, mi compañero llevaba como asunto un tema sobre el *amor*, y se proponía tratar de todos sus misterios.

Como si los clericales hubiesen escogido el público, colocábase en las primeras filas de sillas un colegio de chiquillos y chiquillas, y tras ellos, otros grupos de pollitas de catorce á quince años. ¡Y aquí los apuros del orador para buscar un argot que permitiese á los mayores entender cuanto debía decirse sin ruborizar á las pollitas y sin excitar la precoz curiosidad de los nenes! Y allí era el trasudar en caza de alegorías y perifrasis, supliendo las frases más peligrosas con silencios, y dando con la inflexión de la voz el doble sentido á la palabra inocentona...

En Villanueva ocurrió otro incidente curioso.

Hablaba del mercantilismo eclesiástico, que comparó con el comercio "gitanesco", y héte ahí á su mismo lado un simpaticón y garrido sujeto interrumpiendo como ultrajado:

—¡Eh!... que yo soy gitano y con mucha honra...

El orador cogido infraganti hubo de dar satisfacción al bravo ciudadano:

—Muy bien; hay jesuitas gitanos, y hay gitanos jesuitas. Usted no es de éstos...

—Rediós, no...

—Pues de éstos hab'amos, de los que no tienen honra.

En Olesa de Montserrat, ponía como símil de competencia religiosa la competencia mercantil, entre zapateros, por ejemplo. Y á su lado estaba un comerciante en zapatos, sobre el cual se enfo-

caron todas las miradas del público...

El orador, no dándose cuenta de la hilaridad, iba dándole al tirapié... y el público iba dándole al equívoco y el sufrido oyente iba aguantando el chubasco de miradas como hallándose en el banco del suplicio.

Lo cual demostrará á los oradores lo fácil que es meterla hasta el tobillo en esos *quid-pro-quos* hechos á medias entre el orador y el público.

R. MAYOL

~~~~~  
Te den un tiro y te maten  
como sepa que á la ilesia  
te vas á escuchá los *cantes*.  
~~~~~

## Filosofías

Los ateos no creemos en Dios, porque Dios es el origen de la mentira religiosa.

Vemos sólo materia y fuerza en el universo, y no podemos creer que haya nada fuera de esto; la naturaleza en sus manifestaciones no lo señala en ninguna parte.

Si Dios existiese, debiera ser infinito, y entonces la materia no existiría, porque donde estuviere Dios no habría ésta y viceversa. Si la materia es infinita, Dios no lo es. Si la materia lo ocupa todo, Dios no está en parte alguna.

Si Dios fué eternamente y hubo un momento que no existía la materia, quiere decir que Dios la hizo de la nada, estando en la nada, y siendo él mismo nada.

Si la materia fué eternamente, no ha necesitado de Dios para ser; luego Dios es innecesario.

Hay quien dice que lo que los ateos llamamos fuerza y materia, es lo que los creyentes llaman Dios.

Este es un ateísmo disfrazado de deísmo: querer sostener una hipótesis cuando todo á gritos niega su existencia.

O Dios es un ser consciente, todopoderoso, omnisciente, eterno, infinito, inmutable, sapientísimo, ó no es Dios.

Y no es consciente, porque solo rigen las leyes de la materia y de la fuerza, y en ninguna parte se manifiesta inteligencia y conciencia.

Todopoderoso no puede ser, desde el momento que no puede hacer que lo que ha sido no sea.

No es omnisciente, porque no sabe lo que haré yo mañana; y si lo supiese, mi libre albedrío sería un mito.

No es eterno, porque no se concibe la eternidad fuera de la materia.

No es infinito, porque cesaría de serlo al ser la materia infinita.

No es inmutable, si en un día creó lo que existe y que está continuamente evolucionando.

No es sapientísimo, porque no ha podido darnos lo que un Volta, un Colón, ó un Fulton concibieron.

Dios es, pues, la hipótesis más ridícula y descabellada que ha azotado á la humanidad.

FRANCISCO CUTTOLI



## COSAS QUE HE DICHO

A la República por la revolución. Y después de implantadas las reformas radicales que el estado de la nación reclama, sin debilidades ni contemplaciones, mano de hierro para conservarlas y perfeccionarlas y ensancharlas.

Autocracia democrática: este sería mi ideal en el estado actual de España, si hubiera un hombre capaz de realizarlo.

Pero mientras no exista la República, tendré por auxiliares vergonzantes de la monarquía á cuantos traten de añadir á las divisiones que ya existen, la de radicales y conservadores.

¿Conservadores de qué? ¿De la tiranía sin grandeza, de la libertad sin garantía, de la vergüenza en el exterior y en el interior de la miseria?

¡Ay de la República y de España si, viniendo revolucionariamente, cayese en manos de esos que hoy se llaman conservadores, antes de haber desarrollado su programa radical! Moriría al nacer.

En cambio, una vez realizadas esas reformas, deberíamos convertirnos *en conservadores de ellas* todos los republicanos, y defenderlas por todos los medios.—1902.

Estos días se ve por las calles de Tuy á un maestro de escuela, acompañado de sus cinco hijos, implorando la caridad pública.

Mal negocio. Para pedir limosna con fruto la familia es un estorbo, como lo prueba el que los pordioseros que más sacan son los de toca ó sayal, que no la tienen.—1894.

Los que se empeñan en que toda España esté conforme con la idea de derribar lo existente, se olvidan de que «las revoluciones se hacen siempre por una pequeña minoría».

El que la mayoría preste ó no después su consentimiento depende de la virilidad con que obren los que se pongan al frente del gobierno.

Resultan, pues, majaderos de solemnidad los republicanos que difunden la idea de que hay que contar con toda España para intentar algo.

Majaderos, ó algo peor.—1887.

¡Magnífico entierro!

Una carroza estufa monumental, nueva en España, copiada exactamente de la que posee la familia del emperador de Austria y muy parecida á la que se conserva en las cocheras del palacio real de Madrid, denominada de doña Juana la Loca.

Del mejor gusto, de gran severidad y cerrada por los lados con cristales, tiran de ella seis hermosos caballos negros empenachados, conducidos por palafreneros de gran gala.

El cadáver del afortunado mortal que tan regimiento es conducido á su última morada, va encerrado en un soberbio ataúd de zinc negro; detrás de la carroza va un lujosísimo coche de respeto, tirado por dos caballos, negros también y con penachos blancos.

Y ese cadáver es el de un pobre á quien le ha tocado en suerte estrenar la nueva carroza adquirida en el extranjero por una nueva empresa funeraria.

Ha muerto en el hospital abandonado de todos, y la empresa explota su cadáver para anunciar en los periódicos su caridad y la carroza nueva.

La pobreza es una rica mina que todos explotan, menos el que la posee.—1885.

En Bolivia están admirados de haber encontrado un sapo colosal; mide cincuenta centímetros de largo por veinticinco de ancho.

Si se pusieran los bolivianos á la puerta de una catedral de España un día de gran fiesta religiosa, se avergonzarían de haberse admirado por tan poco.—1891.

Sería mucho más serio, más beneficioso para la patria y hasta más honrado, que ciertos hombres le dijeran al pueblo:

«Somos republicanos, mas no partidarios de traer por la fuerza la República; por lo tanto, desde hoy nos dedicamos á trabajar por su venida dentro de la legalidad exclusivamente.»

Podría discutirse si hacían bien ó mal, si estaban ó no engañados; pero nadie tendría derecho á dudar de sus intenciones. Mientras que ahora...

Ahora cualquiera la tiene, al ver que, sin valor bastante para declararse francamente evolucionistas, obran en todo como tales, manteniendo así un equívoco que hace imposible, á ellos y á los demás, realizar una acción fecunda y provechosa.—1905.

Dice un periódico neo:

«Por Salamanca se presenta D. Casimiro Sanchón, católico agrícola.»

El mejor día vemos anunciado:

«Ha salido para tal punto á dar garrote á un presbítero infanticida, don Fulano de Tal, católico verdugo.»

Aunque sería una redundancia, pues todos los verdugos son católicos.—1891.

Una vez pasadas las elecciones, opino que deberíamos amainar un poco en lo de discursar y reunirnos sin causa justificada, y dedicarnos sin desplantes ni vociferaciones á labor más eficaz, haciendo de la prudencia gala y programa del silencio, ya que, según el fabulista,

«en la paz se prepara el buen guerrero así como en la calma el marinero, y que vale por dos el prevenido.»

La costumbre de que venga todo de arriba, más bien parece disculpa á la

propia inacción, que homenaje rendido á la obediencia y acatamiento á la disciplina.

Así que cada cual se ponga en condiciones de ejecutar oportunamente aquello que sospeche que pudiera ordenarsele, y deje al tiempo lo demás.—1903

Dicen que se trata de establecer el impuesto de 15 por 100 sobre las cantidades que se atraviesan en los frontones.

En vez de suprimir la inmoralidad, explotarla. No es mal sistema para que aumente.

Por otra parte, no dejaría de producir ese impuesto. El 99 por 100 más que el que se impusiera sobre la vergüenza.

¡Habría tan pocos contribuyentes para este último!—1892.

No he visto figurar en ninguno de los banquetes del 11 de Febrero á los pocos emigrados que hay en Madrid, alguno de los cuales estuvo en capilla por los sucesos de Septiembre de 1886.

Triste sería para ellos la noche del 11, sin pan acaso, con frío quizás...

Dispénsenme los republicanos que comieron y bebieron y brindaron, si esta nota de *sentimentalismo* les molesta.

Afortunadamente ya habrán hecho la digestión cuando lean estas líneas, y no peligrarán sus preciosas vidas.—1892.

Un sujeto ha entregado en la caja de ahorros de Barcelona 250.000 pesetas en títulos de la Deuda exterior, para que los intereses se destinen á desempeñar alhajas y ropas depositadas en el Monte de Piedad por personas verdaderamente necesitadas.

Ese hombre ha tirado su salvación eterna por la ventana. Si da ese millón á los curas ó á los frailes, se llevan cantándole peteneras místicas durante veinte ó treinta años, y á esto no hay puerta del Purgatorio que resista.

Mientras que, con lo que ha hecho, va á verse de patitas en el Purgatorio cuanto muera, sin esperanza de salir. Bastará para ello el que coma un día de vigilia jamón en vez de berza.

Que en comer berza ó jamón estriba la salvación. 1897.

¿Podemos traer la República sin los militares? No; y la prueba es que no la hemos traído, deseándolo tan de veras.

¿Es un bien ó es un mal esto? Quizás sea un mal; pero como la continuación de la monarquía lo es mayor, bien venida la República que trajesen los militares.

Claro es que sería preferible una implantada por el pueblo, sin compromisos con nadie, enérgicamente revolucionaria; mas si esto no es posible hoy por hoy, ¿íbamos á renunciar á la que pudiera venir sin tanto vapor?

La intransigencia es una hermosa



cualidad política siempre que no nos impida realizar nuestras aspiraciones; si bien, para tener derecho á usarla, debiera cada uno comenzar por aplicársela á sí propio.—1903.

La Audiencia de Madrid ha condenado á un muchacho á la pena de tres años y unos cuantos meses de arresto, por hurto de una peseta.

Una de las satisfacciones más grandes de que disfruto, es la de no haber sido juez. Habría renegado de mí, de la ley y de la justicia el día que me hubiera visto obligado á dictar un fallo de esa clase.—1895.

Ruego á cuantos me envían trabajos para que los inserte en *El Motín*, que no se molesten mandándome escritos filosóficamente oscuros, ni deprimentes para el ánimo, ni que acusen exagerado pesimismo, pues no he de publicarlos. Hartas tristezas reales nos rodean, para que aumentemos la dosis con las imaginadas.

Vengan escritos de lucha política, y anticlericales y antirreligiosos, siempre que no se dé en ellos la nota trágica, sino la irónica ó la cómica.

Me revientan casi tanto como los católicos aquellos librepensadores que se indignan con Moisés por los milagros que se le cuelgan en la Biblia, ó se enfurecen ante el infundio de que Josué parase el Sol, ó se ponen fuera de sí ante la pretensión de los católicos de que creamos que María quedó pura después del parto.

Sobre que todo eso está ya más que discutido, no creo que ninguna persona de mediana cultura tenga gusto en leer diatribas feroces contra cosas que deben tomarse á risa.

En fin, ya lo saben los que me envían artículos de esa clase: no los verán publicados. Si alguno que otro se ha colado de matute, procuraré no incurrir en adelante en ese lesa crimen de buen gusto.—1895.

Se dedican en España 3.497 individuos, entre varones y hembras, á la profesión de hacer comedias.

En los teatros: en la política hay muchos más, y que divierten menos.

En cambio, mientras más los silban, más prosperan.—1893.

Los seis premios destinados por el alcalde para las máscaras mejor disfrazadas de animales quedaron desiertos: á juicio del Jurado, no los mereció ninguna.

También ha sido ocurrencia destinar premios á los que mejor se disfrazasen de animales.

¡Si hubiera sido para los que mejor se disfrazarán de hombres!...—1898.

Un periódico militar, para dar idea de la ocupación que los gobiernos mo-

nárquicos dan al Ejército, copia lo siguiente:

«De un libro de memorias (extracto):

.....  
«Semana Santa:

Actos oficiales para mañana jueves (de gala):

A las diez, los oficios.

A las dos de la tarde, visitas de Sagrarios.

A las ocho, sermón.

Actos para mañana viernes:

A las diez los... divinos oficios.

A la una y media de la tarde, sermón de las siete palabras.

A las cuatro, procesión.»

.....  
Y... nada más. El librito en cuestión pertenece á un oficial de nuestro Ejército, y está fechado en el presente año de 1893.»

No es tan inútil como al colega le parece el que los soldados empleen ese tiempo en asistir á funciones religiosas.

Así pueden conocer de cerca á los que, convertidos en cabecillas, encontrarán mañana en las trincheras de Montejurra.—1893.

Que no se asusten los timoratos. No se perderá ni un solo principio democrático, ni revolucionario, ni de orden, porque los programas que han mantenido las fracciones republicanas se encierran bajo siete llaves.

Guarde cada cual los suyos en el rincón más preciado de su espíritu ó de su corazón (á la verdad ignoro dónde hay que guardar los principios), cual se guardan los tesoros cuando hay peligro en mostrarlos; que pasado este, ocasiones habrá de exhibirlos.

Que el culto á los programas sólo ha servido para convertir en enemigos á los que debemos ser hermanos, al alcance de todos está. Archivémoslos mientras no llega la oportunidad de aplicarlos.—1897.

«¿Queréis, decía Juvenal, adelantar y hacer fortuna hoy? Sed un gran pícaro, porque á la bondad no se la deja vivir sobre la tierra. Sólo el delito consigue los honores debidos á la virtud.»

Así iba el mundo en otros tiempos, ahora va peor.

Porque ahora contamos con plagas que no había en tiempos de Juvenal: el cura, el fraile y el jesuita.—1898.

Iba á arrojarle por el Viaducto, cuando fué detenido por dos guardias.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntaron.

—Francisco Javier Fernández.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y tres años.

—¿Oficio?

—Jornalero.

—¿Por qué se quería usted matar?

—Porque no trabajaba desde hace seis meses y llevaba dos días sin comer absolutamente nada.

—Venga usted con nosotros al juzgado de guardia.

Y á él lo llevaron, á la hora en que las cocinas de todos los conventos de Madrid exhalaban fuertes vapores que aspiraban ansiosas las narices de los frailes.—1895.

Debe ser terrible el dolor que se experimenta no sacando ningún bien del mal que se ha hecho.

Los jesuitas no conocen ese dolor: siempre sacan algo del mal que causan; dinero en primer término.

Por esto son incansables é implacables.—1897.

Partidas que figuran en los Presupuestos del Estado:

Para la enseñanza de capataces de Minas, *tres mil pesetas*.

Para la casa de Santa Teresa, *cinco mil*.

Para granjas experimentales, *tres mil doscientas*.

Para el monasterio de Montserrat, *diez y siete mil quinientas*.

Para el Apostol Santiago *trece mil* pesetas, para ofrendas imprevistas *veinticinco mil*, para sacristanes de conventos,  *cien mil*.

Para bancos agrícolas, cajas de protección á obreros, auxilios á los impedidos del trabajo, *cero*.

Mientras los términos no se inviertan, es decir, mientras no apliquemos á lo que es *útil* las partidas que asignamos á lo *inútil*, España no podrá en justicia aspirar al título de país civilizado.—1897.

El carlismo, como partido, defiende á la Iglesia; es clerical. Individualmente, la mayoría de los carlistas ilustrados no son clericales.

El republicanismo, en cambio, es anticlerical como partido. Individualmente, muchos republicanos ilustrados defienden á la Iglesia; son clericales; con careta algunos.

Si me viera obligado á elegir entre unos y otros, ¿qué duda tiene? me quedaría con los primeros. Y ¡cuidado si los odio y los he combatido!

Y esta no es idea nueva en mí, pues muchas veces he dicho:

«Entre un republicano clerical y un monárquico anticlerical, con éste. Por lo menos, es más noble, más franco, más leal.»—1902.

El chirrido de las ranas reaccionarias va aminorándose. Hubo un momento en que su algarabía era insoportable.

Como siempre ocurre en estos casos, se distinguían las que habían saltado del arroyo de aguas puras de la libertad, al charco cenagoso del clericalismo.

Nadie más intransigente que el apóstata. Le pasa lo que á las prostitutas que sientan plaza de beatas y tratan de que se olvide su pasado exagerando el celo religioso. O lo que á los Pablos y Agustines católicos, y á los Calvins protestantes.—1909.

JOSÉ NAKENS



## “Patria Potestad”

Extracto de la conferencia dada por S. Pey Ordeix en el salón de actos del Casino Republicano de Instrucción de Badalona, el 31 de Octubre.

### LEYES MORALES

DEL EJERCICIO DE LA PATRIA POTESTAD  
EN LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

#### *Incultura de la Paternidad*

Así como á causa de los progresos políticos que han abierto la libertad á la ciencia se llama «siglo de las luces» al siglo XIX, así los espíritus filosóficos han entrevisto que se va á llamar al siglo XX «el siglo del niño», ó sea «el siglo de la Pedagogía».

De esta corriente del entusiasmo educador, tengo á vanagloria ser ferviente paladín y ardoroso apóstol. ¡Es tan grande el tesoro de energía que se encierra en el ser humano, si llegan á canalizarse debidamente los conductores de la actividad! Y al mismo tiempo, ¡la ciencia ha descubierto tan bellos horizontes para los que aciertan á administrarlos! ¡Y son tantas las energías que se pierden, sobre todo en España!

Ciertamente, los que hemos salido ya de la fase educable de la vida, lamentamos haber nacido en una época en que había libros y asignaturas para enseñar el cultivo de los árboles y plantas, la cría de las aves y animales: solamente la cría y cultivo de los hombres no había merecido una cátedra en las Universidades, ni un tratado realmente científico.

El Estado exige un título para el ejercicio de ciertas profesiones; todo oficio tiene su aprendizaje; sólo el gran oficio y la sublime profesión de *padres* se ha dejado alzar de la ignorancia y á manos del ciego instinto.

#### *Cátedras contra la Paternidad*

La moral religiosa que había tomado por su cuenta la instrucción y educación de los pueblos en ese ejercicio del supremo sacerdocio de la vida, se conjuró por todos los medios imaginables contra este magisterio y arte sagrado, abriendo cátedras donde se ha enseñado durante dos mil años los modos de envilecer, prostituir y degradar la Paternidad y Maternidad, declarándolas oficios de bestias, indignos de la santidad é incompatibles con la perfección humana; que esto y no otra cosa significan las apologías de la virginidad y de la castidad, creando dos especies dentro de la especie humana: la especie híbrida, por castración voluntaria y estéril por voto religioso, y la de los hombres sensuales, bestiales, lujuriosos y carnales «semejantes al caballo y al mulo», según frase ritual de los católicos.

Asombra, amigos míos, el considerar que en esos dos mil años han pasado cincuenta generaciones escuchando en nombre de Dios la reprobación de la carne, la maldición del matrimonio y la infamación de la maternidad. Cincuenta madres nuestras han tenido que luchar contra la seducción horrible de

un sacerdote que les prometía una corona eterna de gloria virginal, el eterno desposorio con un Dios, inagotable en sus placeres; la vanidad del traje de pureza celeste. ¡Pobres madres nuestras! Ellas, para poder ser nuestras madres, han tenido que sacrificar todas esas grandezas creídas por su fe; han tenido que resistir á confesores, predicadores y maestros; han tenido que preferir la vida del trabajo, del afán y del dolor á la cómoda vida de las vírgenes terrenas... ¡Cuán milagroso es que entre esas cincuenta madres nuestras ni una sola cayera en el cebo de tanta sugestión, de tanta falacia, de tanta habilidad retórica, de tanta influencia ambiental! ¡Cuántos ultrajes tuvieron que oír por no querer renunciar al título de madres nuestras! ¡cuántas vergüenzas hubieron de pasar en el confesionario y en el templo!... Vivimos, por haber sido impotente, la Iglesia para matarnos en el seno de alguno de esos nuestros pasados. *Somos hijos del instinto combatido por todos los sofismas y artificios de la razón moral y religiosa...*

#### *Perfidia eclesiástica*

Y esa Iglesia que procura desviar los hombres del camino de la paternidad, una vez son padres, vedla cómo se arrastra ante ellos, vedla cómo los lisonjea, vedla cómo para halagarlos á ellos declara cosas *suyas* los hijos concediéndoles toda autoridad... Oídla en Francia gritar que los padres son dueños de la educación de sus hijos, por más que en España desmienta tal derecho. Oídla en sus predicaciones á los hijos, hablarles siempre de obediencia y sumisión. Vedla luego suplantarse con distinción el derecho del padre por el dominio del confesor, para arrebatárselos los hijos ya criados. Vedla, por fin, en esa moral cien veces contradictoria, en que el hijo es juguete de padres y clérigos, según yo lo he sido... según lo son tantas víctimas...

#### *Moral sexual clerical*

Esta perfidia y maldad eclesiástica han trascendido en los pueblos por ella influidos, á las leyes y costumbres. Sus preceptos disolventes han logrado atravesar los siglos de la barbarie, penetrar la edad moderna y llegar al siglo XX con autoridad tan grande, que un primer ministro del rey de España, ministro titular cuando gobierna, y efectivo cuando no gobierna, ha declarado el año pasado: «las leyes de la Iglesia son ley del Reino.»

Y tanto son leyes, que el Estado que no costea una asignatura para enseñar la práctica de la sana paternidad, costea sesenta seminarios y millares de noviciados en donde se enseña á abominarla y á blasfemarla.

A un religioso, bástale su profesión y título de renegado de la paternidad, para que se le abran las puertas del palacio real, las de los ministerios, las de la aristocracia... para verse exento de tributos y aún del servicio de la Patria. Ese renegado de la Patria es el favorito de la Ley, y ¿qué mayor prueba os podré dar? El es privilegiado aun ante los partidos anticlericales.

#### *El culto de la Madre*

La Iglesia tiene una ceremonia para celebrar la *maternidad*: la *purificación*,

y otra para celebrar la virginidad. ¿Habéis visto esas madres, al salir de casa, irse á la iglesia con el hijo en brazos, enlutadas, sin acompañamiento, con la indiferencia clerical...? Va á *purificarse* del pecado de ser madre. Ese acto supremo de la gloria de la mujer, que viene á significar la odisea de su vida humana, debiera ser la *gran fiesta*, la mayor fiesta de la vida. Al levantarse de la cama, ella sale de su casa con el hijo en sus brazos, como diciendo á las criaturas todas: «Universo, aquí te presento el fruto de mi seno: estrellas, aquí teneis dos ojos que se abismarán en en nuestra belleza: Sol, aquí tienes un sér que bendecirá diariamente el beneficio de tu calor y sonreirá al primer saludo de tus rayos: flores, aquí tenéis un amante que se extasiará en vuestros perfumes y llenará de besos vuestros cálices: plantas, pájaros, séres todos vivientes, aquí tenéis un hermano vuestro que viene á compartir con vosotros las penas de vivir y los placeres de vivir: hombres, aquí tenéis el fruto del amor que os he profesado y de vuestra virilidad: madres, aquí tenéis un esposo para vuestras hijas y una esposa para vuestros hijos: abuelos míos, bisabuelos, linaje mío, generaciones que habéis pasado, aquí tenéis vuestro nieto: generaciones venideras, aquí tenéis un padre para vuestros hijos: sociedad, aquí tienes un operario para ayudarte en la lucha de la vida: Patria, aquí tienes un soldado para defenderte: Cristo, aquí tienes un hijo: Divinidad, fuente de la Vida, aquí tienes una inteligencia para contemplarte y un corazón para amarte: es hijo mío, parido entre angustias de muerte... Yo lo he fabricado con nueve meses de congojas y lo he alumbrado entre angustias mortales... ¡Soy madre! soy la majestad de la mujer...! He ganado el título este de *Madre*, título santo, nombre santo, que ha hecho vibrar y que hará vibrar el alma humana con la más dulce de las vibraciones en todos los trances del dolor supremo...

Y ved cómo el clérigo recibe en el atrio de la Iglesia á esa majestad, ultrajándola con blasfemias, llamándola *inmunda* y forzándola á lavarse de la *mancha* pecaminosa...

#### *El culto de la estéril*

Id en cambio al templo el día de la profesión religiosa y veréis á la Iglesia adornarse de todas galas, vestir de reina á la aspirante, predicar entre músicas, cantos é inciensos de profesión; es la fiesta de la *Renegación de la maternidad*; es la gran fiesta eclesiástica. Allí, en aquella renegación, muere el corazón de un amante y son ejecutados en el patíbulo cavernoso del seno femenino los hijos que serían y que ya no serán; los hijos que ya existen en aquel organismo en forma de seres diminutos semejantes á espíritus; ya existen y ya viven y ya laten y ya suplican y ya llaman á su madre, por los mil medios con que los hijitos aquellos microscópicos pueden darse á entender á la gran madre. No hablan al oído obtuso, pero hablan á la fibrilla nerviosa que conmueven y que á su vez telegrafía al cerebro y conmueve el organismo y produce esos anhelos en el corazón, esos pruritos, esas sacudidas orgánicas, en fin, todas las manifestaciones del amor, envueltos en los latidos de la carne viviente, agitada



por el espíritu de la vida, por aquel soplo que Moisés, el poeta de la Naturaleza, hizo salir de los labios y del seno de la divinidad y cuyo origen no sabe descubrir la ciencia... Ese seno de mujer es una especie de mundo en el cual *viven su vida particular* millares y millares de esos espíritus vitales, emanados del divino efluvio, esperando que el amor de la madre y del padre, sorteen entre ellos el que ha de ser elegido para la gran vida humana, el que se librará de la muerte en aquel limbo, el que será fecundado por el amor y elevado á hombre peregrinador de la vida humana para elevarse quizás al trono de los héroes ó para subir resignado el patíbulo de los mártires...

Sorprended la Iglesia convirtiendo en patíbulo ese seno, cerrando á cal y canto sus puertas para no dejar penetrar el espíritu fecundador, y obligando á aquellos seres á morir en la asfixia y á ser arrojados al muladar como inmundicia...

Esta es la profesión religiosa: la matanza de los hijos indefensos. Esto es lo que celebra y canta la Iglesia.

\*\*\*

*Nota de la R.*—No siendo posible dar por extenso el resto de la conferencia, de su plan y condición dará idea el siguiente extracto de *El Diluvio*:

«La Iglesia, maestra del Estado y directora de los pueblos, ha ingerido en las leyes y en las costumbres este ensalzamiento de la virginidad antropofágica y parricida, endiosando á la *virgen estéril*, subvencionándola con renta vitalicia y llenándola de privilegios, en tanto que abandona á la inclemente clemencia del cielo á la madre augusta, cuyos hijos, concebidos entre maldiciones y criados entre lágrimas, serán arrancados de los brazos maternales para ser soldados de la patria, jornaleros, contribuyentes del Estado y sostenedores de los estériles. El hijo obrero habrá de soportar que el Estado aparte de su jornal el impuesto del culto y clero, que enriquece á los estériles, antes de poder comprar el panecillo y la medicina para su madre.

Después de tanto agravio á la paternidad—continuó el conferenciante—¿cómo el Estado y la Iglesia se atreven á presumir de legislar sobre los derechos y deberes de los hijos que son, por que no pudieron matarlos con el arma de la *religión oficial*, y de los padres, cuyo oficio procreador han llamado oficio de bestias?

Y al legislar sobre ello lisonjean rastroteramente la vanidad de los padres, á quienes adjudican el derecho de educar los hijos á su antojo, ya que la moral progresiva les prohíbe venderlos para esclavos, con cuyo comercio se enriquecieron muchos de los bienhechores del claustro. Enfrente de esa moral debe establecerse la nueva moral de que los hijos, en cuanto tales, no tienen *deber* alguno con los padres, por ser hijos sin previa consulta, sin libertad y por sola fatalidad, que no puede crear deberes, sino derechos; y de que los padres, como tales, carecen de derechos y sólo tienen deberes con los hijos, por haberlos engendrado libremente y haber contraído con esta libertad la responsabilidad moral.

La educación de linaje hasta ayer—

terminó el Sr. Pey Ordeix—ha sido de culto exagerado á los *padres* y á los *antepasados*: los muertos mandan y mueven á los vivos desde sus sepulcros. La ley moral exige que se agradezca y recompense con veneración profunda los bienes que nos han legado, de existencia, de cultura social, científica y moral, y que sepamos ver los daños que por falta de virtud nos han causado. Y al propio tiempo que en el cementerio levantamos panteones á los muertos, en nuestros corazones debemos levantar un altar á los venideros, del cual se desprendan los anhelos de su felicidad, de su progreso, de su bienestar, facilitándoles y preparándoles en lo que podamos el camino que habrán de andar en su peregrinación por la tierra, para que ellos puedan realizar el *tipo ideal* que nosotros querríamos haber realizado en nuestra existencia; *ideal* que, al vivir en nosotros como aspiración espiritual, envuelve el espíritu de los hijos venideros, de igual modo que en el organismo físico se encierran ya sus cuerpos palpantes en cuerpos microscópicos no menos vivos, no menos humanos y no menos respetables que nosotros mismos.

El Sr. Pey Ordeix fué escuchado con suma complacencia por el público. Al final de diferentes párrafos la concurrencia le aplaudió con entusiasmo, y al poner término á su interesante conferencia se le tributó una verdadera ovación.»

Te lo juro por mi mare;  
si confiesas á menúo  
pronto aumentarás de carnes.

## Oraciones laicas

### A M A

Para los niños educados sin prejuicios.

Ama al hombre, tu hermano, como te amas á ti mismo.

Ama á la Tierra como á tu madre, á la Ciencia como á tu guía, al Trabajo como á tu deber y á la Libertad como á tu derecho.

Ama con frenesí á tu madre, con pasión á tu compañera, con dulzura á tu hermana. Ama á la Mujer sobre todas las cosas.

Ama, ama siempre, que es el amor potencia creadora, es afirmación, es vida.

Quien ama se dignifica, que es el amor el supremo goce de los buenos.

Amando á la Tierra, la rescatarás de las manos de los que la profanan al dar su fruto al logrero. Amando á la ciencia, acatarás sus revelaciones y laborarás por el progreso. Amando al Trabajo, serás digno, pundonoroso y útil á la raza. Amando á la Libertad, serás fuerte, serás justo, serás hombre y no esclavo.

Amando á la mujer, serás dichoso, serás feliz, que es ella fontana de alegría y consuelo de todas nuestras pesadumbres: providencia junto á la cuna del niño, belleza y ternura en el hogar del

hombre, caridad y solicitud cabe el lecho del anciano moribundo.

Ama, ama siempre; y si un día el odio en triunfo momentáneo te vence, no te arredre, que al dejar la vida logras la inmortalidad.

### ODIA

Odia al tirano, vergüenza del progreso y estigma de la civilización.

Odia al humilde, que es el humilde traidor á sus hermanos y sostén del despota.

Odia á la rutina, al fanatismo y á la tradición, orígenes de nuestra incultura y nuestro atraso.

Odia... Mas no, no extiendas mucho, querido niño, el radio de acción de tus odios; úsales sólo en momentos oportunos, no les concedas jamás categoría de rencores, y ten presente siempre que el corazón del hombre debe sólo latir para el amor.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Del libro *Catecismo laico*, que en breve saldrá á luz.

¡Quien lo había é desí  
que siendo gitano fino  
te timara un cura á ti!

## Recuerdos de la Inquisición y sus torturas

Al insigne político y  
compasivo varón don  
Javier Ugarte.

Creo muy conveniente recordar cómo las gastaban nuestros católicos antepasados en punto á intolerancia y crueldad.

En este veterano periódico se habrá podido leer los hechos inquisitoriales más horribles realizados por los fanáticos españoles, que no contentos con tostar vivos á los peninsulares, llevaron tan convincente sistema clerical á la América descubierta por Colón, á la par de sus frailes y jesuitas.

En el Perú fué portador de la real cédula de fundación del Tribunal del Santo Oficio el licenciado Serván de Cerezo, en nombre de Felipe II y en el año 1570.

El primer auto de fe se celebró en Lima el 15 de Noviembre de 1573, y el arzobispo, que se encontraba enfermo se hizo conducir en silla de manos para no perder el espectáculo. Fueron penitenciados seis reos y arrojado vivo á las llamas Mateo Salade, francés, herético y contumaz.

El segundo auto de fe (13 de Abril de 1578) se celebró con tanta pompa, dice un historiador, como pudiera tener en la primera ciudad de España. La concurrencia fué inmensa y asistió el virrey. Los reos fueron dieciseis. Las causas por las que fueron penitenciados eran verdaderamente peregrinas. Véase en aquel trance Mateo de Enteres, flamenco, porque poseía el *Inquisidor* de Erasmo, libro prohibido, y bajaba los ojos al comulgar; Esteban Salcedo, mes-



tizo, por haber dicho que la simple fornicación no era pecado mortal; Antonio Estacio, francés, por haber dicho que las misas pagadas no aprovechaban a los difuntos; Pedro Hernández, español, por jactarse de romper los grillos y prisiones y de tener una jaca que andaba treinta leguas en un día; el maestro Juan Morales, por decir que era una pamema lo del valle de Josafat; Pedro Bermejo, sastre, por afirmar que San Pablo pudo equivocarse en cuanto hombre; fray Francisco de la Cruz, por decir que el arzobispo de Lima debía ser el Sumo Pontífice, que la confesión auricular debía abolirse, que la Sagrada Escritura debía andar en lengua vulgar, etc. En el auto sostuvo éste sus proposiciones, hasta que, aconsejado, dijo que: pues tales personas eran de contrario parecer, bien podía él deponer el suyo. Pero esta tardía y tibia retractación no lo libertó de la hoguera.

En el tercer auto, (29 Octubre de 1581) fué quemado Juan Bernal, sastre, natural de Flandes, por luterano, y penitenciadas veinte personas.

El 5 de Abril de 1592, para festejar la llegada del nuevo virrey D. García Hurtado de Mendoza, el Santo Tribunal lo agasajó con un auto, y le agradó tanto, que el 17 de Diciembre del mismo año pudo presidir otro en el que fueron quemados los portugueses Juan Fernández de las Heras, Francisco Rodríguez, Jorge Nuñez y Pedro de Contreras por judíos judaizantes.

Como faltaría espacio en todo un número de este periódico para enumerar los autos de fe efectuados en Lima, y sobre alguno de los cuales daremos quizá interesantes pormenores en otra ocasión, haremos constar ahora que entre las víctimas inmoladas hubo bastantes mujeres; pues aunque las leyes humanas han exceptuado siempre a las mujeres del tormento, mirando su delicadeza física y por respeto al pudor, el Santo Oficio pisoteaba estas consideraciones. Si las mujeres presas no observaban el estricto silencio que debía reinar en las cárceles de la Inquisición, se las desnudaba y azotaba.

Sobre la cuestión del tormento, en el próximo número daremos algunos pormenores.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona.

Quando yo me esté muriendo,  
no dejes que se me acerque  
ni á mil varas un berrendo.

## Amigos y enemigos

Un sentenciado á cadena perpetua habíase fugado del presidio y huía á todo correr.

Iban tras él, y él corría con todas sus fuerzas; sus perseguidores comenzaron á perder terreno. Mas he aquí que ante él se presenta un río de escarpadas orillas, un río muy estrecho, pero profundo y rápido... ¡Y no sabe nadar! Entre

las orillas se encontraba puesto un tablón medio podrido... El fugitivo iba á poner un pie en él...

Precisamente allí, en la margen del río, estaban su mejor amigo y su enemigo más encarnizado. El enemigo no dijo nada, y se limitó á cruzarse de brazos. El amigo, por el contrario, se puso á gritar:

—¡En nombre del cielo! ¿Qué haces? ¡Insensato! ¿No ves que el tablón está enteramente podrido? Se romperá con el peso de tu cuerpo (el presidiario había engordado en su cautividad) y perecerás infaliblemente.

—¡Pero si no hay otro medio de pasar el río y me persiguen!—gimió desesperadamente el infeliz.

—¡No permitiré, no, no consentiré que perezcas así!—exclamó con calor el amigo.

Y en un abrir y cerrar de ojos, arrancó el tablón de debajo de los pies del fugitivo. Este fué precipitado en seguida al torbellino de las aguas y se ahogó.

El enemigo rióse satisfecho y se alejó. En cuanto al amigo, se sentó desconsolado á la orilla del río á llorar amargamente la desventura de su pobre, de su desgraciado amigo.

¡No me quiso escuchar! ¿Por qué no me escuchó?—murmuró pesaroso.

En cuanto á atribuirse la muerte de su amigo, eso... ¡ni pensarlo!

—Por supuesto—se dijo al fin á sí mismo—hubiera tenido que languidecer toda su vida en una horrible prisión. Por lo menos ahora ya no sufrirá. Mejor es. Sin duda así lo querría el destino. Y, sin embargo, hablando humanamente, ¿cómo no condolerse de él?

Y el alma caritativa continuó inconsolable llorando á lágrima viva la desventura de su pobre amigo.

IVAN TURGUENEFF

## Libros en venta

Á PESETA

«La religión al alcance de todos», por R. H. de Ibarreta (edición 33).

«Las ruinas de Palmira», por Volney, seguida de «La ley natural», del mismo.

«Espejo moral de clérigos», recopilación escogida de los célebres «Manojos de flores místicas», publicados por «El Motín».

«Ciencia y Religión», por Malvert, con 85 grabados.

OBRAS CON REBAJA DE PRECIO para dedicar su producto á la propaganda «anticlerical».

DE DOS PESETAS, Á CINCUENTA CÉNTIMOS  
«Lo que no debe decirse», «Garrotazo limpio», por Nakens.

DE CINCO PESETAS, Á UNA  
«Moral jesuítica», por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE DOS PESETAS, Á SETENTA Y CINCO CÉNTIMOS

«La religión natural», «El testamento», por el cura Juan Meslier.

DE SESENTA CÉNTIMOS, Á VEINTICINCO

«A dónde conduce el socialismo», por Eugenio Ritcher.

DE UNA PESETA, Á TREINTA CÉNTIMOS

Teatrales, de Nakens

«Dios, patria y rey», «¡Ojo al Cristo!», «Y dice el sexto mandamiento».

«La sima de Igúzquiza», por Alejandro Sawa.

«La serpiente negra», por Gabriel Merino.

RETRATO DE NAKENS

En gran tamaño, una peseta.

CARICATURAS EN CARTULINA

DE DIEZ CÉNTIMOS, Á SEIS

Nakens crucificado por los clericales. Jesuitas fabricando bombas, y monjas embarazadas.

FOLLETOS DEL APOSTOLADO DE LA VERDAD

Á QUINCE CÉNTIMOS

La 1.<sup>a</sup> serie contiene los diez siguientes:

La vuelta de Cristo.—La lujuria del clero.—El diablo.—Cristo en el Vaticano.—El romancero anticlerical.—Pueblo y Aristocracia.—Historias de la corte celestial.—Monita secreta de los jesuitas.—A una madre.—La Democracia y la Iglesia.

2.<sup>a</sup> serie.—Van publicados:

Dios, por Suñer y Capdevila.—Milagros, por Roberto Robert.—Lo que se comen los curas, por Fray Gerundio.—Viaje al Infierno, por José Nakens.—La libertad de enseñanza, por Edmundo González-Blanco.

Los suscriptores á «El Motín» los recibirán á diez céntimos cada uno, sueltos ó separados y la colección completa encuadrada, á una peseta veinticinco céntimos, enviando además un sello de veinticinco para el certificado.

HOJITAS PIADOSAS

Van publicadas doce, con los títulos siguientes:

«¡Abajo las escuelas laicas!—La mujer en la Iglesia.—¿Por qué no te confiesas?—Los escapularios.—¿Católicos, alerta con las Hojas!—La Santa Misión.—La comunión.—Acción anticlerical.—¿Clero secular, á defenderse!—¡Muera Satán!—La confesión de Sor Margarita.—¿Por qué no he de ser monja?

HOJITAS IGNACIANAS

Espíritu de San Ignacio de Loyola.—Los dolores y gozos de San Ignacio.—La dirección espiritual.

Se venden á sesenta y cinco céntimos el ciento y cinco pesetas el millar.

GRANITOS DE ORO

Un pliego, engomado para poder pegar cada granito donde convenga, se vende á dos céntimos.

El pago debe hacerse adelantado, en libranza del Giro Mutuo ó de la Prensa (que se venden en todos los estancos), ó en letras de fácil cobro, y en último caso en sellos de Correos, prefiriendo los de peseta, cincuenta céntimos, ó real.

Los corresponsales de EL MOTÍN tendrán el 25 por 100 de rebaja en todo lo que edite esta casa.



(FOLLETÓN 75.)

# LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR  
OFFENBACH

rosis» que son «las enfermedades de los nervios que no tienen carácter anatómico constante y uniforme», como por decoro profesional dicen los autores cuando no se atreven á declarar redondamente que no saben que tengan carácter anatómico ninguno.

Si las neurosis son dolencias puramente funcionales, *sine materia*, ó si la existencia de éstas es una imposibilidad científica y filosófica, y las lesiones orgánicas de las neurosis se escapan á nuestros actuales medios de investigación por la imperfección ó insuficiencia de éstos, no es problema que puede resolverse fácilmente, y hay que contentarse por ahora con saber que de las neurosis se conoce donde se hallan, pues se hallan en los nervios, pero se ignora por completo lo que sean. Puede definirlas sintomática, fisiológicamente; pero esencial, anatómicamente, no es factible. Y, sin embargo, con eso basta para saber que existen; y no sólo existen, sino que, plantadas por la herencia en organismos que viene á abonar el medio ambiente, cultivadas por la educación, y surgiendo, ya espontáneamente, ya á impulso de una lesión material ó de un simple disgusto, son el azote de la especie humana, tal vez de todo el reino animal; hay épocas y países en que parece que el estado normal ó natural del hombre es el neurótico; é influyen y han influido tanto en la vida del individuo y de los pueblos, sobre todo la gran neurosis, la neurosis por excelencia, que la historia é historia de la humanidad vienen á ser sinónimos.

La histeria es, en fin, según los autores de más nota, una neurosis de todo el sistema nervioso. Puede tener manifestaciones propias, tales como convulsiones, ataques, parálisis; y también puede simular con exactitud cualquiera de las afecciones nerviosas de lesiones materiales. De modo que, cuando faltan las manifestaciones propias, lo que, según Charcot, ocurre en una tercera parte de los casos, según Jaccoud en la mitad, y según otros en otras proporciones, no hay nada que caracterice *a priori* decididamente una enfermedad que principalmente se reduce entonces á

una anomalía é irregularidad moral, sensible y afectiva de la persona enferma. La histeria es, por tanto, y en resumen, una dolencia que cuenta ó puede contar como manifestaciones típicas, desde un simple rasgo de grosería ó mala educación, hasta la mayor perversidad y el crimen.

Ahora bien, si aplicamos estas consideraciones al caso concreto de que tratamos, no faltará quien nos diga que no hay tales carneros; no faltará quien no crea en la histeria de los pueblos ó de las monarquías como tampoco cree en la de los individuos. Pues conocido es el antagonismo de las dos filosofías, las dos ciencias, contrarias: la que en ciertos seres no encuentra más que delincuentes con toda la responsabilidad de sus culpas ó pecados, y la que en ellos mira solamente casos patológicos, víctimas irresponsables de un organismo defectuoso ó descompuesto. Y la primera de estas dos filosofías, esto es sabido, no halla otro remedio para los males del país más que los frailes. A fuerza de frailes es como se ha de salvar, según esa escuela, aquella monarquía.

Esto á nuestro juicio es insensato. Porque hoy día todos sabemos bien que los estados actuales, lo mismo del individuo que de los pueblos, vienen determinados por el organismo, por la herencia, por la educación y por el medio ambiente; y de la monarquía española todo el mundo sabe igualmente, que su ambiente, fuera de los cincuenta años transcurridos de 1837 á 1887, ha sido conventual, su educación fraileña, y su herencia y organismo monacales. De manera que los que no admiten las consecuencias del positivismo científico, pues sus enseñanzas no hay quien no las tenga que aceptar; esto es, los que crean que el remedio de los males no lo da la ciencia sino la religión, han de reconocer que en la religión que constituya este remedio ha de haber poco de fraile, y lo más seguro será que no hubiese nada. Esto á la altura á que ha llegado la ilustración universal, es de sentido común.

Después de todo, ¿en qué se funda toda la máquina religiosa de los frailes? ¿No se funda en lo que llaman «pecado original»? ¿Pues qué pecado más original que el del origen de las especies, y por tanto, el de la especie humana? Sobre ese, sobre ese, y no sobre el otro, han de levantar su fábrica los religiosos del siglo xx.

De todas maneras, en vista de lo que antes hemos expuesto, ¿no cree

el lector que está justificada nuestra sospecha de si la monarquía española será una monarquía histerica? Porque, si no es esto, si no es de histeria de lo que padece, como evidentemente padece de un gran desorden nervioso, entonces podrá ser otra cosa; podrá ser otra dolencia, misteriosa también, y de la cual vamos á decir algo en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XLIII

DE COMO TAMBIÉN PUDIERA SER «LOCURA MORAL» LA DOLENCIA DE QUE PADECE AQUELLA MONARQUÍA.

¡La locura moral! El caso más interesante é intrincado con que un patólogo, un fisiólogo, un abogado, un criminalista, un juez, pueden encontrarse. ¡Locura moral! ¡La que consiste en la perversión de las facultades morales y afectivas sin trastorno perceptible de las intelectuales!

«Es una forma de enajenación», dice Maudsley, «con tan genuinas apariencias de vicio ó crimen, que muchas gentes no la juzgan sino como fantasía de los médicos, desprovisto de todo fundamento real... A despecho de los juicios contrarios es un desorden del espíritu, sin delirio, sin ilusiones, ni alucinaciones... El individuo afectado carece de verdadero sentido moral; todos los pensamientos, todos los deseos, á que cede sin resistencia, son egoístas... La inteligencia es sutil á menudo; está, sin duda, viciada por los sentimientos mórbidos bajo cuya influencia el individuo piensa y obra, pero no está turbada en modo alguno. El que se halla en este caso muestra comunmente una sutileza extraordinaria en la explicación, excusa ó justificación de su conducta; exagera esto, ignora aquello, etcétera, etc.; todo su ingenio lo aplica á justificar y satisfacer sus egoístas deseos... La razón ha perdido su imperio sobre las pasiones y los actos; el individuo no puede dominar aquéllas ni abstenerse de éstos por contrarios que unos y otros sean á sus obligaciones y deberes sociales, por desastrosos que hayan de ser, y por mucho que sea el mal que puedan causar á las personas más allegadas y queridas. Es incapaz de dar á su vida una dirección regular, de reconocer las vulgares reglas de prudencia y personal interés, y de apreciar, en fin, el perjuicio que se hace con su manera de obrar... Ha perdido el instinto más profundo del ser organizado, aquel en virtud



# “EL MOTÍN ECLESIASTICO”

(RESERVADO AL CLERO)

## A UN FRAILE, Y A MUCHOS

Rdo. P. Fr. Antonio del Río,  
carmelita descalzo, de Córdoba

Amigo: Le notifico una nueva que no sé todavía si será grata ó ingrata: un presbítero de Barcelona anteayer ha abandonado públicamente el *santo hábito*. Sea para gloria de Dios y bien de las almas.

En principio, creo que ha hecho bien en hacerlo y en hacerlo públicamente. En hacerlo, porque nadie debe ser forzado á un uniforme que detesta, mucho más cuando no sirve de honra ni de provecho, según ocurría en este caso, en que el pobre curruca estaba sin comer, gracias á la espléndida munificencia del prelado y demás accionistas del Banco de Roma, dedicados, á imitación de Cristo y bajo la obediencia del Papa, á atesorar tesoros, no para el reino de los cielos donde la polilla de la duda los roe y el ladrón de la ciencia los arrebató, sino para esta tierra, cielo de los afortunados y paraíso de los Vivillos, en que hay Guardia civil que defiende los bienes de los beatos poseedores, y tribunales que hacen respetar los hurtos, robos, estafas y demás granujerías, no penadas expresamente en el Código.

Pues, sí; Regino Sáenz, que así se llama este bilbaíno, ha soltado este uniforme de los ministros de Dios que ya se contentarían con tener el sueldo y cesantía de mozo de cuadra de los caballos del obispo, y ha hecho bien, por que del uniforme, como de los quehaceres, puede decirse lo del santísimo y eminentísimo Sancho Panza, patrón universal de la Iglesia: «oficio y uniforme que no dan de comer, no valen dos habas».

Y ha hecho bien en hacerlo públicamente, inaugurando en España aquellas ceremonias que los reformadores del siglo XVI establecieron en Alemania, para desenfrailar frailes y desclerizar clérigos, con la solemnidad con que se los vistió la Tía Iglesia, que llama hijos á sus sobrinos para tratarlos como primos. ¡Muy bien!...

¿Usted no habrá visto una ceremonia de degradación eclesiástica? Yo tampoco; pero si no estoy trascordado, la Tía Aquella trata á sus pseudo-hijos en la forma que trataron al anarquista aquel los médicos del Patronato tuberculoso para borrarle el tatuaje; á saber: arrancándole el pellejo. La Iglesia manda raspar y despellejar las palmas de las manos del clérigo por haber sido ungidas con el crisma episcopal; les raspa la cabeza, por haber sido mojada con el agua bautismal; les quita los hábitos á estilo de la ceremonia militar francesa, y aun les hace el favor de no arrancárles la lengua y de dejarles el tubo digestivo, que con tanto ó más derecho podría arrancárles por haber pasado por ellos la carne y sangre consagradas de Cristo. Pero no lo hace quizás porque esta sangre no se cotiza en el

mercado piadoso á tan alto precio como el aceite episcopal.

Pues bien: Sáenz ha hecho bien en *degradar el hábito* que á su juicio le degradaba á él arrebatándole los grados de novio y de candidato elegible para diputado, es decir, el grado radical del hombre y el grado radical del ciudadano español.

Sólo me parece mal que lo haya hecho con tan poca solemnidad. La Iglesia la extrema en sus Ordenes, que son los Desórdenes de la Humanidad, la renegación del derecho natural y civil, la apostasía de la vida póstuma y la profesión de la holganza estéril para la sociedad; de la virginidad, estéril para la especie; de la fatuidad, estéril para la ciencia y de la santidad aparente, estéril para la moral de los pueblos. Y pues la Iglesia celebra con tanto bombo y platillo esta *desordenación* humana disfrazada con la mascarilla de ordenación eclesiástica, creo y pienso que la *reordenación* esta humana debiera verificarse con más esplendor, rezando un credo de las verdades y un psalmo de maldiciones para esa señora Iglesia, peste de las naciones y homicida de los que la prestan crédito.

Ya soltó la hopa esa negra, ennegrecida por el hollín del humo de las hogueras inquisitoriales, fabricada con las fibrillas de la coagulada sangre de los infanticidios, estupro y violaciones clericales; uniforme antisexual y antiestético, que da apariencias y formas extrañas á la especie humana propias de avechuchos siniestros. Ya soltó la hopa..., como usted soltó la cogulla.

Si el pueblo liberal español fuese consciente, sabría ver en este acto algo sublime, trágicamente sublime. El arrojar la sotana al obispo, es como decir á la Iglesia: «caiga sobre tu cabeza la infamia de tus crímenes, la sangre de tus víctimas y las lágrimas de tus desesperados». Pero, precisamente porque el pueblo español no ha llegado á este grado de sensibilidad moral, por esto el acto heroico es visto algo así como una payasada de circo, y ríe la donosura del Pierrot, del Pierrot que hace reír cuando él llora, del Guinplaine de cuyas muecas se ríen los que mutilaron su rostro, estampando en él la ridiculez, del cual se ríen las gentes que no saben ver en la risa deforme el crimen del deformador, y se ríe la propia madre del mutilado que no sabe reconocer al hijo de sus entrañas.

Ya soltaron ustedes el hábito de lana y de estameña..., pero no han soltado todavía esos otros *hábitos* que no cubren el cuerpo por fuera, sino que salen á vestirle desde adentro, los *hábitos morales*, los hábitos de pensar, de sentir, de hacer, de hablar y de vivir. Porque no en vano se llama *vida clerical* y monástica la vida esa que modifica y deforma todos los hábitos humanos. Ha-

béis soltado los hábitos externos, pero, ¿y los internos?

El cuerpo del fraile y del clérigo tarda mucho en perder los hábitos que tomaron los nervios motores. El fraile que deja el hábito, no sabe qué hacer de las manos, que instintivamente buscan la manga del sayal donde meterse; la cabeza no sabe erguirse franca y resueltamente; los ojos no saben mirar sin retener la sinceridad avezada á no desbordarse; la voz no sabe adquirir el tono claro y vibrante de la convicción honrada y de la emisión espontánea; y cuando ya está vestido de hombre, alegre, como los niños al ponerse por primera vez de largo, ensaya al espejo las posturas más estéticas, adornado de linda corbata, ensortijado los dedos, lucientes los puños, ajustados los guantes, clenchedo el cabello, rizado el bigote, bañado el cuerpo en agua de rosas, limpio de la mugre de sacristía, tieso como maniquí, apuesto como cochero de casa grande...; cuando todo eso ha hecho y ha previsto todos los detalles, pues, adiós... cree vestir de paisano y realmente siente todavía vestir la sotana que antes le sirviera de taparrabos, y sale á la calle con la bragueta desabrochada.

Esos *hábitos*, amigo mío..., no se sueltan tan fácilmente. Y si son difíciles de soltar los hábitos del cuerpo, ¿cuánto más esos otros hábitos del espíritu, hábitos arraigados con hondas raíces, extendidas por todo el ser, que aprisionan en red psíquica *sui generis* el cerebro, el corazón, el organismo todo!

Esos hábitos... de pensar, juzgar, malignar, farisear, disimular, lisongear, seducir, mentir, aparentar...

Esos hábitos de *creer, esperar y amar more clericali...* y á la moda frailuna, esos hábitos son más terribles que los otros y siguen formando traje talar al espíritu al cual cubre y envuelve de arriba abajo y por todos lados, y no puede moverse sin hacer ondear los pliegues de ese *hábito*, sangrientamente simbolizado en la frase de «carácter indeleble».

Para soltar estos hábitos necesítase un inmenso trabajo de autoanálisis y auto-sugestión que, si puedo, algún día trataré de explicar por medio de una novela.

Soltaron ustedeles los hábitos de trabajo... y ahora ¿qué?

Ahora surge una larga serie de preguntas.

¿Y ahora qué hacer?... Pasa como muy autorizada esta frase: «el clérigo nunca deja de serlo.» ¡Paciencia, amigo! Se dicen muchas botaratadas de este jaez. Esta frase es equivalente de esta otra: «la cabra siempre tira al monte», «el ladrón es siempre ladrón...», «la p... es siempre p...» Aguantarse, amiguito.

De todos los estados más infames, los caracteres inferiores pueden llegar á redimirse; pero aunque ellos se rediman, el público queda irredento. La *Muerte Civil* explica la brutalidad de esta irredimibilidad del criterio común, que por ser común es excusado de todo estudio.

Hay que tener lástima á esos irredentos, que si algunas veces por desgracia dan en el clavo, otras cien dan en la herradura.

No debo omitir aquí el señalar un fenómeno que yo lamento como desgracia especial y como peligro fatal para



los interesados. Al *soltar los hábitos*, el clérigo suele seguir la ley pendular tan frecuente en biología física y también en biología psíquica. Es decir, que va de un extremo á otro, y pasa de los *hábitos clericales* á los hábitos contrarios, profesando en una especie de profesión extrema, opuesta á la anterior.

Así, por ejemplo, al antiguo lenguaje místico-pardo, gazmoño y meticuloso, contrapone un lenguaje obsceno y cínico; á la profesión de la castidad, contrapone la profesión del libertinaje; á los hábitos devotos, los hábitos desenfrenados. Quizás haya aquí un instinto secreto y natural de compensación en el tiempo para cobrarse hoy lo perdido ayer.

Sin darse cuenta el interesado, es víctima de una vocación que en el vértice viene á ser la misma de antes, á saber: el afán *profesional*; dejó la profesión de clérigo para adoptar la profesión de *exclérigo*, que llena, al igual que la de antes, toda su actividad, apartándole por el lado contrario del centro de la humanidad, de la cual se singularizó una vez por la vida de clérigo y se singulariza después por la de *exclérigo*. Como antes se intitulaba presbítero, luego se intitula expresbítero, jactándose por igual del título y convirtiéndolo en dote ó carácter personal privilegiado, si ya no lo utiliza como *oficio*. No siempre esto es efecto espontáneo de la persona, sino que puede provenir también en todo ó cuando menos en gran parte, del impulso exterior del ambiente, que parece pedir al *converso* á cada instante una profesión de su renegación ó de su regeneración.

Decíame un día el P. Rojas que en cierta ocasión dejó la sotana para portarse y que nadie le daba un céntimo; y que el mendigar con sotana le abría las manos de muchos. He aquí un caso de enfermedad social.

Pero es más vivo y curioso otro caso ocurrido al Sr. Esteve Viñals, reordenado desde hace trece años, habiendo militado desde el principio en los partidos radicales anticlericales. Al ver que el partido de Barcelona se interesaba por colocar á Prat, que continúa honrándose con la sotana, solicitó igual protección para sí, respondiéndole uno de los más caracterizados jefes del partido:

—Pida al reverendo Prat que le recomiende y presente á la Casa del Pueblo.

A lo cual, con indignado asombro, replicó Esteve:

—¿En qué país vivimos? Yo, *redimido* desde hace trece años y asiduo militante del partido, necesito ser apadrinado por la reverencia de un irredento? Si la sotana de Prat ha de servirme de recomendación ante el partido radical, mejor será ir á pedir la recomendación del obispo...

Unánimemente diría quizás que este es uno de los renuncios de la conciencia que inconscientemente es seducida por los prejuicios. Este extraño fenómeno nos dará lugar á otro estudio: aquí lo dejo apuntado solamente como *valor inductivo* del sujeto á retener los *dejos clericales*.

De estos hechos nacen una porción de males morales para el individuo y para la causa social.

En virtud de aquel lanzamiento pendular, el *reordenado* coloca su regla mo-

ral en los actos contrarios *per diametrum* á la moral clerical, sin advertir que se hace inmoral por carta de más como antes lo era por carta de menos. Y en esto causa daño á la sociedad, á saber, dar pretexto á la Iglesia para que presenten la inmoralidad como causa estimulante de la apostasía, aturdiendo á los suyos con los relatos de tales ejemplos, confirmantes de la sentencia *corruptio optimi pessima*. Con lo cual se hace el juego al clericalismo, y además, atrae la desconsideración social de los anticlericales, que hallan peor al *exclérigo* que al clérigo, atrayendo la aversión sobre otros más moderados, y deshonorando la clase de los salidos como antes deshonoró la otra clase.

Para evitar estos males que vuelven contra el mismo interesado por muchos caminos, necesitase una gran perspicacia de talento y una no menor energía de voluntad para saber ver los peligros con circunspecta observación de las circunstancias, y para resistir el lanzamiento de arriba y por el empuje que se halla en el ambiente, á fin de retenerse en el centro moral que le dignifique ante su propia conciencia y que con el tiempo se vaya dignificando ante los demás, hasta olvidar y hacer olvidar su primitiva condición, en el cual doble olvido consiste la borradura del *carácter indeleble*.

Claro está que para llegar á estas alturas de super-conciencia se necesita un gran trabajo, que supla con la intensidad aquella labor del tiempo que imprimió paso á paso el carácter; pero es preciso que así se haga para bien de todos, en lo cual daré una de las principales recetas.

Lo primero que debe hacer el que sale de aquella Málaga, es un firme propósito de no dejarse meter en este Malagón; es decir, desnudarse tan por completo del *hábito clerical* interior y exterior, que llegue á lo más hondo de la conciencia, formando la creencia y voluntad firme de que su antigua condición no ha de servirle de nada ni para nada; que al reintegrarse á la masa humana, lo hace, no como *clérigo*, sino como *hombre*, como otro individuo cualquiera, sin privilegio alguno por haber sido ni por haber dejado de ser.

Y aquí... punto final, para atender á una comisión que viene á hablarme de no sé qué conferencias.

S. PEY ORDEIX

## EL ARCIPRESTE DR. SALVIA Y EL TERRORISMO DE 1909

Uno de los objetos que me impulsaban á hacer un viaje á Barcelona, era el de indagar quiénes hubieran sido los inspiradores del Terror Maurista y de la llamada represión.

No he completado todavía los informes, pero me es muy satisfactorio poder notificar al público algunos actos de valor sorprendente.

De entre ellos merece señalarse la acción del Dr. Salvia, secretario del cardenal Casañas y del obispo-gobernador,

digno de todo elogio por sus virtudes y méritos.

Al morir Casañas, el obispo Cortés declaró su enemiga al Dr. Salvia, al cual, sin embargo, no se atrevió á retirar la secretaría de Cámara ni á aceptarle la dimisión. Pero el despotismo de Cortés y su insaciable avaricia, eran reprobadas severamente por la conducta de Salvia, que lamentaba grandemente los escándalos de su jefe y se dolía de no poderlos corregir.

Salvia murió pobre, á pesar de sus largos años de ministerio y de los fructíferos cargos desempeñados; Cortés murió rico, calculando algunos la fortuna dejada al morir en un millón de pesetas. Cortés fué en vida y en muerte el rabino judío; Salvia fué el sacerdote evangélico.

Sabiendo Salvia la enemiga que le profesaba el siniestro obispo, sabiendo que éste estaba sometido á los jesuitas y se prestaba á ser instrumento de la *Defensa Social* en la cruel represión dirigida desde Fiésole, y sabiendo por tanto que al contrariar los sanguinarios proyectos clericales se sometía al riesgo de incurrir en las iras del jesuitismo, no menos temibles para un canónigo que para un simple cura, á pesar de todos estos pesares, Salvia utilizó su cargo oficial para salvar la vida y fama de los perseguidos por la ferocidad jesuita.

Muchos casos me han referido; el más curioso es el siguiente:

Uno de los acusados lo estaba en virtud de una delación hecha por el ama de un cura barcelonés. Al saberlo Salvia hizo comparecer á la Cámara episcopal al señor del ama, reprochándole severamente que hubiese consentido á su compañera tal acción.

—¿Es eso lo que nos manda á sus ministros el Evangelio? Si es obra de misericordia cristiana visitar los presos, redimir cautivos, excusar las faltas ajenas, perdonar al enemigo, confesar nuestros crímenes ¿es ignorar los del prójimo, ¿no es oficio de usted el practicar estas obras? ¿Y no es propio de los soctarios del Anticristo hacer las contrarias? Al ordenarse usted ¿creyó que venía á la Iglesia á decir una misa mecánica, como un cavador, á pronunciar sermones como un charlatán de plazuela, á oír confesiones como un chismoso y á escarbar los bolsillos de los devotos como un caballero de industria? Eso hacían los sacerdotes judíos y paganos; los de Cristo hacen las *obras de Cristo*. ¿Se convertiría Cristo en delator y en acusador?

—¡Eso!... Procure quitar el escándalo: la Iglesia santa no puede permitir á sus clérigos la compañía de mujeres sanguinarias y amigas de dañar. El acusado, si fuese fusilado, no lo sería por los jueces, simples ministros forzosos de la ley, sino por los acusadores voluntarios... por usted, que consiente tales acusaciones... por mí, si pudiendo evitarlas no las evitase...

Así habló Salvia.

Así hablaría Cristo.

Está visto: Salvia era modernista: merecía el odio de Cortés, el despota y el avaro.

El acusado se salvó: él, sus padres, esposa é hijos, bendecirán eternamente la memoria de nuestro amigo.